

RECUERDO DE SORIA



SUMARIO

Texto. — *Poesía.* — *Notas.* — La Dirección. — *Soria*, todo por D. Pedro de Lara y Aguirre. — *A un teatro*, poesía, por D. Emilio de Lara y Aguirre. — *El siglo del Moisés*, por D. Nicolás Robal. — *Entre canchales (De Pedro á Juan)*, poesía, por D. Bonifacio Soria de Pablos. — *A piñer el Leirillo*, (evento), por D. A. Enriquez. — *El Cerro*, poesía, por D. Mariano González. — *Una carta in corpore usque*, por D. Bonifacio Soria. — *A Soria (Ayer y Hoy)*, poesía, por D. Pedro Ibáñez Gil. — *De un viaje á Soria*, por D. B. Balsa de la Vega. — *La Laguna helada*, por D. Fernando V. de Medrano. — *Un monumento á Navarra*, poesía, por D. Pascual P. Rioja. — *Las glorias de una*, por D. Mariana González. — *A un madre*, poesía, por D. Jesús Morán. — *La Señalera de Quintana Redonda*, por D. Joaquín Izalé y Garces. — *Entre castros (De Juan á Pedro)*, poesía, por D. Conrado Maestro. — *A Navarra*, (suelto), por don Ricardo Toral. — *Hospital de Peregrinos*, por D. Francisco P. Rioja. — *Recuerdos*, poesía, por

Fr. Conrado Maestro Soria (regustiano). — *Soria en Antigua*, por D. Juan de Ariza y Gomez. — *Historia de Soria (Antigüedad de Soria)*, poesía, por D. Emilio de Lara y Aguirre. — *Descripción de las leñas*, por D. Enriquez Elizora.

Dibujos. — *La carta del hijo de Soria*, cuadro original del licenciado pintor sorian, D. Maximino Peña Soria, premiado con 3.ª medalla en la Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid el año 1887. (Dibujó del mismo autor). — *Soria moderna.* — *Entrada á los jardines públicos de La Dehesa*, dibujo hecho para el fotograbado, por D. Juan José Izalé. — *Servicio de las Helices y Ermita de la Soledad*, dibujo del mismo autor. — *Tipos de Soria.* — *El carretero de los pinos*, dibujo, tomado del natural, por D. Maximino Peña. — *Orando de Natividad*, dibujo del natural, por M. Peña. — *Una sierra de agua, en las puentes de Soria*, dibujo original del mismo autor.

José V. Fial
Burgo de Osma
 16-XII-78

BOHÉMO-DESSORIA

1875

RECUERDO DE SORIA.

DIRECTOR LITERARIO.—D. Bonifacio Monge.

2 de Octubre de 1888.

DIRECTOR ARTÍSTICO.—D. J. José García.

POST NÚBILA FÆBUS.

ECLIPSE lamentable de tres años sufrido por esta modesta publicación que venía marcando, paso á paso, la saludable revolución operada en las costumbres, y evidenciaba de qué manera Soria disponíase á rendir merecido tributo al *progreso*, que encierra en sí la savia vivificadora de los pueblos —y á quiénes encumbra y enaltece, como justa recompensa— hecho és de tal magnitud, en responsabilidad moral contraída, que nosotros —únicos causantes— nos declarámos, espontáneamente, reos no merecedores del más ténue asomo de perdón.

Nuestras reiteradas protestas de inquebrantable voluntad, tantas veces formuladas, fueron vencidas al débil impulso de mal entendidas contrariedades del momento, lo que patentiza, una vez más, cuán difícil es poseer aquella preciada cualidad, y cómo está reservado, exclusivamente, al ánimo viril y al carácter templado en las incesantes luchas de la vida el ostentarla con legítimo derecho.

Esta circunstancia acrecienta nuestra falta y pone más de relieve nuestra impotencia para acometer y realizar grandes empresas.

Así que, no intentamos justificarnos; con que admitais una disculpa nos daremos por satisfechos y se tranquilizará nuestra conciencia acusadora que al llegar, sobre todo, un 2 de Octubre nos pedía, inexorable, cuenta estrecha del deber incumplido.

Pero la verdad; coincidiendo la idea de dar solución práctica á la publicación del periódico con el naciente espíritu de innovación que informaba la série de festejos organizados para solemnizar la festividad patronímica de este pueblo, —y de que tan grata memoria conservan los Sorianos que atentos al presente fijan, todavía con más empeño, su mirada en el porvenir— y habiendo desaparecido, por desgracia, casi todo, como fugaz meteoro que brilla por el acaso á efecto de una reflexión lumínica, inesperada é imprevis-

ta; pasando á la categoría de las *cosas que fueron* aquellos literarios certámenes, fuente de noble emulación, que testimonian de una iniciativa privilegiada y nunca bastante ponderada, que les dió vida, parecíanos la aparición del RECUERDO, sino una nota discordante —porque esto no podía serlo nunca— un acontecimiento aislado al que faltaban, como complemento indispensable, manifestaciones de cierto género que armonizasen con él y dejaran bien motivada dicha aparición marcándola con el sello de la oportunidad.

Otra razón, de orden idéntico, contribuía á sostener nuestro desmayo.

Aspirábamos á que el RECUERDO DE SORIA fuera no solo crónica, más ó menos fiel, del *pasado*, sino registro anual abierto á la consignación de sus progresos *presentes*, siquier fueran muy lentos, y anotación preventiva de los nuevos horizontes que para el *porvenir* se descubriéran.

Mas si la voluntad se rindió un día, la fé no se aminoró en lo más mínimo, ni mucho menos le fué dado al tiempo el extinguirnosla.

La conservamos viva como en el primer instante que la sentimos; nos hemos convenido de la bondad intrínseca de nuestro propósito y de lo fructífero que puede resultar, pasando el tiempo. Y desechando escrúpulos pueriles, vanos temores, preocupaciones quiméricas é inmotivadas desconfianzas, volvemos á la brecha, fortalecidos y animados por regeneradas convicciones y contando, de hecho, con la benignidad de nuestros ilustrados lectores que ha de ser el más firme escudo para poder poner á salvo nuestro irreflexivo atrevimiento.

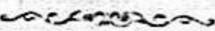
Rompamos, pues, lanzas en pró de las inmarcesibles glorias, de los preciados timbres, de los honrosos títulos con que Soria cuenta y se envanece; abogemos por los indiscutibles derechos que tiene á ser considerada y atendida en todas las esferas de donde pueda surgir su prosperidad y su engran-

decimiento; hagamos patente su importancia, no concebida por algunos é ignorada por los más, y sea el primero en acometer tan impropia tarea el ilustre anciano, el veterano adalid que en aras de tan noble como patriótica aspiración ha consumido una ya larga existencia, consagrándosela toda entera.

Y si aeogeis con cariño y aceptais con visible interés el fruto de este débil esfuerzo intelectual, nuestros deseos, hoy, se verán cumplidos.

LA DIRECCIÓN.

Soria, 2 de Octubre de 1888.



SORIA
TODO POR TI.

.....
A más, contribuyen también al efecto las muchas distancias, el largo trayecto que á Soria separa de la humanidad..... si en plazo muy breve la vida y proyecto no viene á sacarla de su soledad.
.....

SANTIAGO BELLASCO.

(Madrid cómico.)

FÁCIL tarea fué en años anteriores la de llenar unas cuartillas para la publicación que bajo el nombre de RECUERDO DE SORIA respondía al objeto conmemorativo de la festividad del Santo patrono de nuestra ciudad querida. Natural era que llevando mi pequeña ofrenda hiciera con toda preferencia la exhibición de los hechos más culminantes que contiene su rica y abundante historia: recordara los nombres de sus hijos preclaros en las armas y en las letras: condensara en el menor espacio posible, atendido el carácter de esta publicación, todo lo notable y grande que de lo pasado debe llamar la atención de las generaciones presente y venideras.

Con harta pena tenía que limitar aquel trabajo, presentándolo como un sencillo indicador de hombres y cosas: en lucha con mi profundo y entusiasta amor á esta patria en que vi la luz de la vida y en la cual la pesadumbre de los años hará muy pronto que descienda á aquellas riberas de las cuales nunca se vuelve.

Al recordar lo pasado, viendo tanta y tan resplandeciente gloria, la marchita imaginación del viejo parecía trasportarse á la hermosa edad de los entusiasmos, viniendo á la memoria aquellos versos de un gran poeta contemporáneo:

Que cuanto grande hallaba
Para ponerlo en Roma era bien poco.

Y acomodando su pensamiento al pensamiento

mío, y bajo un irresistible impulso, retrocediendo á los días en que investigador ardiente de nuestra historia, cediendo á las gratas ilusiones juveniles, todo me parecía poco enalteciendo á Soria, no podía sufrir con calma que de su desventura presente se procurase sacar partido en su contra. Sucede á Soria con los que de ella se ocupan, que no la han visto tal vez y que de seguro ignoran su historia, lo que á España en general con aquellos viajeros de allende el Pirineo, que al regresar á su país cuentan aún lo del puñal en la liga, de las seguidillas improvisadas por D.^a Gomez al compás de la guitarra tañida por D. Peransures, y de los solaces con que suponen que termina el paseo más concurrido de la Corte todos los días.

El RECUERDO vino á llenar la gran misión de demostrar cuanta injusticia se comete despreciando á esta ciudad, que si olvidada un tiempo, tal vez por los que más debieran haber contribuido á salvarla, viene lenta pero heroicamente procurando levantarse entregada á sus solas fuerzas, aunando la voluntad y la inteligencia de los buenos hijos que aún le quedan; sin cejar un momento en el gigantesco trabajo de su redención; de lo cual son prueba hechos recientes que alientan la esperanza de que en no lejano porvenir ha de sustituir, acaso con ventaja, la prosperidad perdida, con los elementos que facilitan las conquistas de la ciencia.

No puede menos de asombrar que Soria, luchando con la desgracia inmensa de haberse visto desmembrada de multitud de pueblos que constituían gran parte de su provincia, y fueron á formar en otra creada á sus expensas; que por la gran transformación sufrida en la riqueza pecuaria ha visto desaparecer aquella inmensa cabaña de ganado lanar trashumante, y la numerosa y productiva industria carretera que al comenzar el siglo actual constituían su elemento principal de prosperidad; que preferida en cuanto á vías de comunicación en consonancia con los grandes adelantos modernos, no puede competir con sus productos en los mercados por la carestía de los transportes, siendo ésta la causa del atraso en que se encuentra; que por igual motivo no puede explotar la riqueza en todo lo que su suelo contiene; haya podido no sólo sostenerse, sino levantarse aunque lentamente de la postración á que la han reducido tantas desgracias y por tal cúmulo de concausas. A remediarlas, á salvarse, á entrar en el gran concierto progresivo de los pueblos hasta ahora más afortunados, dirige su trabajo, en el cual todos somos obreros en la medida de nuestras fuerzas.

Felizmente, como la razón se impone, han sido oídos nuestros clamores, y es grato consignar que si bien después de un trascurso de más de 30 años de lucha, en el cual se han hecho esfuerzos heroicos de constancia, la representación nacional y los gobiernos en todas las situaciones nos han oído, y al fin llegamos á la época actual en que se está realizando el principio del fin tan anhelado con la construcción del camino de hierro de Torralba á Soria; que todo esto se ha alcanzado á fuerza de trabajo y constancia, y que si fuera posible que el cansancio se hiciera lugar cuando se trabaja por aliviar los males de la patria, nadie podría extrañar que parodiásemos aquello de

¡Ay! cuanto de fatiga....

Pero nó, el dolor desaparece ante el espectáculo consolador que dán los hombres que vienen concurriendo á este gran fin. Una sola idea, un solo pensamiento nos ha guiado á todos, desde los que han ejercido el honroso cargo de representar al país en Cortes, hasta los que más ó menos directa y activamente hemos tomado parte en tan afanosa tarea. Agrupados al pié del sagrado estandarte que simboliza el interés de la patria; sin preceder pacto alguno, espontáneamente impulsados por el nobi-

lísimo deber que nos imponen los más altos respetos, todos, todos hemos prescindido de lo que es más difícil prescindir en la sociedad actual, de las opiniones políticas, de los intereses privados, y bajo el lábaro santo de la redención del país, ha sido unánime, desinteresada, grande la abnegación de todos, sin que la menor discrepancia haya dividido, sin que una rivalidad se haya despertado.

Al consignarlo así en este modestísimo trabajo, lleno de admiración y de respeto, como un dato que enaltece tanto á este gran pueblo; no es que un motivo particular me guíe por consecuencia de la pequeña parte que llevo en el litigio de nuestras aspiraciones; es el más elevado sentimiento de justicia, porque como fiel narrador de lo que tan de cerca vengo presenciando, pesaría sobre mi corazón y mi conciencia si dejara de consignar como hecho que por la admiración que ha de causar me atrevo á llamar legendario, esa unión sincera de todas las inteligencias, de todas las voluntades y de todos los esfuerzos; hecho á que las manifestaciones de la opinión por medio de la prensa asiduamente ha contribuido en mucho; hecho que con toda su magistral elocuencia debe ser conocido de las generaciones venideras, para que formen juicio acertado del presente momento histórico de nuestro país.

Al llegar á este punto, trazado todo á grandes rasgos, como es posible dentro de los límites de este artículo, no puede menos de asaltar nuestra imaginación esta pregunta:

¿Hemos hecho bastante? Nó. Aun queda mucho, muchísimo que hacer. Y hay que hacerlo, sin que el cansancio nos enerve, sin que el temor nos contenga, aún cuando para ello los que afortunadamente ven delante el tiempo que para mí está ya tan limitado, tuvieran que luchar. Si alguna autoridad me dá lo pasado, ruego... y no me atrevo á más, pero esto lo repetiré mientras Dios me conceda un soplo de vida, que todos sigamos con entusiasmo y abnegación trabajando. Si hay quien nos crea pequeños, recordemos á aquel gigante hijo de la Tierra que al sentirse desfallecido le bastaba tocar á su madre para alcanzar nueva fuerza.

Nó, no hemos hecho bastante. Sólo hemos puesto el cimiento del edificio que estamos llamadas á levantar. Empero quedan aún por resolver grandes problemas, de los cuales depende el porvenir del país. Una vacilación, la más leve discordia pueden comprometer los grandes intereses creados, pueden ser ocasión de ruina de toda esperanza. Nuestra fuerza estriba en la unión inquebrantable hasta ahora, en la decisión valerosa con que todos hemos trabajado bajo el sólo pensamiento de salvar al país. Esa unión, esa constancia son ahora más que nunca necesarias, puesto que están sobre el tapete grandes cuestiones que encierran la vida ó la muerte de Soria.

Lorenzo Acciaue.

20 de Agosto de 1885.

Á MI TIERRA. (1)

Desde la ciudad ilustre
que escarpados muros cierran
testigos de mil hazañas
de helicosas empresas
bajo los cuales tranquilos
se abrazan Júcar y Huecar;
desde el morisco baluarte
que hasta las nubes se eleva
por alzar la media-luna
cerca de la luna entera:

(1) Aun cuando pequeño es el tributo, rendido á la memoria de nuestro querido é inseparable amigo de la infancia, Zúilo del Campo, Angulo, sacos, á quien todos queramos y estimásemos como un hermano, creo oportuno honrar las columnas del recuerdo con la reproducción de esta siguiente poesía, matizada de bellezas y de sentimiento lleno, original suya, y que se publicó en el *Arriador Numantino* el mes de Octubre de 1881.—L. D.

desde la joya que Zaida
en dote á Castilla lleva:
yo te saludo, mi patria,
Soria pura, noble tierra.

No recelosa lo aceptes
porque sentado en la agena
largos tiempos van corriendo
sin acercarme á tus puertas,
que si al agobiado cuerpo
alas el deseo diera,
volára á tí, patria mia,
como el pensamiento vuela:
á tí, que en suelo bendito
guardas el amor de aquella
que mil besos dióme en cambio
de mi sonrisa primera:
á tí con mis esperanzas,
si acaso alguna me queda:
á tí con mis ilusiones
ya como mi madre muertas:
á tí con mis amarguras
mis angustias y mis penas,
á tí iría, tierra amada,
el que es tierra de tu tierra.

Nada valgo, nada puedo,
pero aun los celos me asedian
de los que amándote viven
bajo el cielo que te alegra;
y cuando tu egregio manto
airoso y flotante ondea
luziendo vistosas galas
que de tu abolengo ostentas,
sus pliegues miro orgulloso,
que allí van santa nobleza,
hidalgua castellana,
timbres que tus hijos llevan.

Nada valgo y solo envidio
á los que de tí están cerca,
y cariñosos te sirven,
y generosa los premios
con frutos de tus campiñas,
con flores de tus praderas,
pan brindando, como madre,
y guirnaldas, como reina.

¡Oh con que gozo recuerdo
las peregrinas escenas
de aquellos felices tiempos
de animada adolescencia!
¿Dónde estan mis camaradas?
¿Qué se hacen los que en tus fiestas
recorrian bulliciosos
tus calles y tus plazuelas?

Quando el vibrar de las liras
sus ecos hasta mí llegan
y oigo la voz de tus bardos
y escucho tiernas endechas
y patrióticas canciones
de gloriosas epopeyas,
ahí están, grito: esos son
ios que yo envidio en mi ausencia,
como ellos, patria, te cantan
y como ellos te festejan,
yo también quiero cantarte
porque quiero que me quieras;
y aunque de lejos te miro
y sólo te ofrezca penas;
no me olvides, patria mia,
déjame francas tus puertas,
y si no hay fuerza en mi brazo
y el cuerpo débil flaquea,
aun hay en mis venas sangre
y tuya es la que me queda:
aun hay calor en mi pecho
y por tí mi pecho afienta,
que hay hierro en mi voluntad
y en mi corazón nobleza
y juventud en el alma
y en el cielo Providencia.

¡Oh, si al agobiado cuerpo
alas el deseo diera
volára á tí, patria mia,
como el pensamiento vuela!
á tí, con mis ilusiones,
ya como mi madre muertas,
á tí con mis amarguras
mis angustias y mis penas,
á tí iría, tierra amada,
el que es tierra de tu tierra.

ZÚILO DEL CAMPO.

Cuenca y Setiembre de 1885.

LA VISIÓN DEL MONJE EGELVERTO.

PROBLEMÁTICA es la opinión general de los que atribuyen la repoblación de Soria al monarca de Aragón D. Alfonso el batallador. El P. Carranza en su crónica del monasterio de Cardena lo niega y con fundada razón. El D. Alfonso que repobló a Soria y nombran los anales compostelanos, de los que han tomado la noticia todos los cronistas, no es Don Alfonso Sanchez el batallador, sino D. Alfonso Ramon, hijo de Doña Urraca, el que despues se llamó D. Alonso VII emperador, porque es de notar que en los anales no se dice cual fué este D. Alfonso. Tomase por repoblación bajo el gobierno del Batallador lo que no fué más que una ocupación militar mediante el establecimiento de las necesarias guarniciones con el fin de extender hasta el Duero el reino de Aragon. Así es que, á la muerte de Doña Urraca, D. Alfonso el batallador que por ello debía cesar en el gobierno de Castilla se negó á entregar esta plaza y la de Almazan á D. Alonso el emperador, originándose por esta causa desoladoras guerras que tuvieron su asiento en las tierras de estas dos importantes plazas y duraron hasta la muerte del de Aragon.

«Pedro Venerable, (aludiendo á los estragos de estas guerras) en su libro 1.º de Milagros, capitulo 28, refiere la visión del monge Egelverto de Nájera (1) el cual preguntándole si era cierto lo que se decía, los Obispos de Olorán en Bearné y el de Osma, personas de mucha religión y ciencia, y otras que se hallaban presentes, contestó diciendo lo siguiente:—Esto que me preguntais no lo oí á otro, sino que con mis propios ojos lo ví. En el tiempo que el Rey de Aragon D. Alonso tenía el reino de D. Alonso el Mayor rey de las Españas ya difunto, sucedió que fué con su ejército contra unos que en la región que se llama Castilla (Almazan y Soria), le resistían, mandando por público edicto que todos los de su reino de á pié y de á caballo fuesen á esta guerra. Echado este bando hubé de enviar á la guerra uno de mis criados que se llamaba Sancho. Al cabo de poco dias volviendo á sus casas todos los que habian ido en esta jornada volvió tambien Sancho á la mia. De ahí á poco enfermó y murió.

Pasados cuatro meses despues que murió, estando en Estella en mi casa á la lumbre, que era invierno, echado en la cama cerca de media noche, estando despierto, súbitamente, el dicho Sancho se me apareció desnudo en carnes y sentándose á la lumbre y revolviendo las brasas como que se quería calentar, ó que diesen luz para que mejor le viera, conocí y ví claramente que era él. Estaba desnudo en carnes salvo un pequeño paño con que cubría sus vergüenzas, y como yo lo viese así le pregunté:

«¿Quién eres tú? y él en voz baja y triste me dijo:

Yo soy Sancho, vuestro criado.

«¿Qué quereis aquí? le dije. Voy, respondió, á Castilla; llevo en mi compañía un gran ejército de gentes para que donde pecamos paguemos las penas que nuestros delitos merecieron.

Dijele pues: ¿para qué vienes por aquí?

Aun tengo, replicó, lugar para salvarme y alcanzar y conseguir perdón, y si te quieres apiadar de mí puedes muy en breve darme descanso.

Dijele: ¿de qué manera? y él me respondió:

Cuando fui, como sabes, á aquella jornada, con la libertad y osadía que dán las armas, entré con otros compañeros en una iglesia y robamos todo lo que en ella hallamos; traje conmigo los ornamentos,

por lo cual particularmente con terribles penas soy atormentado, y así cuanto puedo te suplico, como mi señor, me remedies porque está en tu mano darme descanso si quisieres ayudarme con beneficios espirituales. Demás de esto te pido que en mi nombre ruegues á mi señora, tu mujer, que ocho sueldos que de mi soldada me debe me los pague luego, y como sin duda me los diera si fuera vivo para cubrir mis carnes, los dé ahora para remedio de mi alma que sin comparación tiene mis necesidades dón dolos á los pobres. Y como yo fuese perdiendo el miedo, preguntéle.

Dime, de nuestro ciudadano Pedro de Jaca que ha poco murió, ¿qué se ha hecho? Si sabes algo te ruego me lo digas.

Este, dijo, por las Obras de Misericordia que hizo con los pobres, señaladamente en la gran hambre que hubo el año pasado, está gozando de Dios en compañía de los bienaventurados.

Y como viese que me respondió tan pronto y fácilmente, preguntéle más.

Y de Benereo, otro ciudadano nuestro que, tambien como sabes hace poco murió ¿sabes algo? Ese, dijo, es á en el infierno, porque siendo Juez en este lugar para deshacer agravios y acabar pleitos y guardar justicias, hizo muchas injusticias por afición ó interés, y porque á una pobre viuda, cruelmente, le quitó un novillo con que se sustentaba.

Y con deseo de saber otras cosas mayores añadí preguntando:

De nuestro Rey D. Alonso, que ha pocos años murió, ¿has sabido algo?

No se quien, que estaba en una ventana cerca de mi cabecera, me respondió ésto: No preguntes eso á ese, porque no lo sabe, que ha poco que vino á nuestras partes y no se le ha permitido que sepa ese secreto; á mí sí, que há ya cinco años que estoy en semejantes espíritus y sé mucho más que ese que ha poco que vino, y sé lo que preguntas del rey D. Alonso, que como ha tanto tiempo que estoy con ellos no se me ha encubierto nada.

Quedé atónito oyendo esta nueva voz, y queriendo y deseando ver quién era el que hablaba, volví los ojos á la ventana ayudado con la luz de la luna que alumbraba todo el aposento, y vi estaba sentado un hombre en el borde de la ventana de la misma manera y traje que el primero: dijete:

«¿Tú quién eres? y respondió:

Yo soy compañero de ese que ves ahí y voy á Castilla con él y con otros muchos que allá van.

Dijete: ¿Y tú sabes algo del Rey D. Alfonso?

Sé, dijo, donde estuvo, pero ahora no sé donde está, porque un poco de tiempo fué atormentado fuertemente entre los míos; despues vinieron monges de Cluni y no sé donde se lo llevaron ni qué se haya hecho de él.

Y diciendo esto, volvióse al compañero que estaba sentado á la lumbre, y dijete: Levántate de ahí y sigamos nuestro camino; mira que todos los caminos dentro y fuera del lugar tienen llenos los ejércitos de nuestros compañeros y han pasado otros con grandísima velocidad, demouos priesa á caminar para seguirlos.

A esta voz se levantó del asiento el compañero Sancho y con lágrimas volvió á decir lo que primero me había rogado, diciendo:

Ruegoos Señor que no os olvidéis de mí, y que á mi señora, vuestra mujer, exhortéis á que lo que se debía al cuerpo lo restituya luego á la miserable de mi alma; y diciendo esto, desaparecieron ambos.

Al punto desperté á mi mujer que junto á mí estaba durmiendo en la cama, y antes que le dijese lo que había visto le pregunté si debiamos algo de soldada á mi criado Sancho. Respondió. ella lo que yo á nadie había oído sino al mismo Sancho en la visión, que se le debían ocho sueldos; y luego me persuadí ser sin duda verdadero lo que acababa de

ver. Y en amaneciendo me levanté y pedí á mi mujer los ocho sueldos, y añadiendo algo de lo que tenía, di á los pobres por el alma de aquél que así se me había representado, y mandé decir misas por las almas del purgatorio.

Esta maravillosa visión fué causa de que muriendo dentro de muy pocos dias la mujer de este hombre, disponiendo de lo que tenía, dándolo á pobres y parientes, tomó el hábito de monge en el Monasterio de Santa María la Real de Nájera que era de la Orden de Cluni, que es lo mismo que de San Benito, y aqui acabó sus dias santamente.»

Soria, por lo que de esta piadosa leyenda y demás antecedentes se deduce, quedó de nuevo des poblada con las guerras sostenidas contra D. Alfonso el batallador á la expulsión de los Aragoneses, y quien definitivamente la repobló fué D. Alfonso de Castilla el emperador, escarmentado de lo mucho que le había costado recabarla de su padrastro el de Aragon, como juzga discurriendo acertadamente el Padre Carranza.

Soria 20 de Agosto de 1833.

NICOLÁS RABAL.

ENTRE SANTEROS.

DE PEDRO Á JUAN.

Cuatro epistolas tuyas he recibido,
y mis ocupaciones me han impedido
que allá en su día la contestación diera
que merecias.

Pero hoy que ya me veo más descansado,
si nó completamente desocupado;
Vengo dispuesto á probarte, Juan, que eres mozo inesperto.

Que me tienes más harto que un mal gaitero porque para mí has sido mal compañero;
Y me has faltado, y hasta mis conjeturas has criticado.

Que yo era, Juan, has dicho, Santero sólo;
tú, Santero de moda, ¡cállala pipiolo!
Aguarda un rato que ya verás del modo que yo te trato.

De seguro que tiembles sólo de oírme,
y que perdón, Juanito, vas á pedirme;
No te perdono porque sé que lo has hecho por darte tono.

Ó por darte importancia como si fueras algún señor venido de otras esferas;
Pobre Juanito, vés á oír buenas cosas, te lo repito.

Que eran las de mi tiempo fiestas de hoguera, en las que sólo había baile y bandera;
Y que nombradas són, Juan, las de tus dias por lo variadas.

No negaré el aserto, más me figuro que ha de haber más de cuatro, te lo aseguro,
Que echen de ménos aquellos, ya pasados, tiempos tan buenos.

(1) Cita de Fray Prudencio de Sandoval, historia de los Reyes D. Alonso VI. Doña Urraca y su hijo D. Alfonso VII, Reyes de Castilla, (página 133).

Que al fin, si las funciones
de ogaño fueron
de aquéllas que en creciente
siempre se vieran,
Comprendería
que ufano con tus fiestas
estar podrías.
Pero de todo aquello
di, ¿Qué ha quedado?
¿De tus nombradas fiestas
qué te dejaron?
Quita el de Soria
Recuerdo, y no te queda
ni aún la memoria.
Quita... pero no quites
más todavía,
que si sigues quitando,
no quedarían
Ni aún las señales
de aquellas banderitas
electorales.
Porque de aquella vía
tan decantada
en las tuyas ¿Qué queda,
Juan? Casi nada.
¿Se hizo el directo?
¿Y el transversal? De fijo
sigue en proyecto.
¿Válgame Dios! qué cosas
tiene esa vida,
tú, que la vía dabas
por recorrida
En tu primera,
no has conseguido hacerlo
ni aún en perrera.
Y no será lo malo
que hayas tardado,
si no que ántes que logres
ver realizado
Tu sueño, amigo,
te vá á mandar el amo
venir conmigo.
Que está todo abundante
pero muy caro
dices en tu tercera;
¿Vés ya qué claro,
Juan, tú el primero
por los tiempos suspiras
qué fui santero?
¿Vés cómo ceñas de ménos
ya las *ergadas*
de *soldadesca*, hogueras
y novilladas?
¿No te decía
yo, que ni tiempo algunos
envidiarían?
Que te entusiasmas, veo,
como un chiquillo
por el arte de Montes
y Pepe-Hillo;
Y que es tu anhelo
irte con Lagartijo
ó con Frascuelo.
¿Vaya unas pantorrillas
las que tú tienes
para vestir de corto
como el Manene!
¿Que tonterías!
¿Si fueran á lo ménos
como las mías!...
De pensarlo tan sólo
me estoy riendo,
torero tú; ¿Juanito,
qué estás diciendo?
¿Quién es el lila
qué te dá á tí en la plaza
la alternativa?
Hombre; se me figura
que te has enfiado
desde qué mis honores
has heredado.
Sólo así, chico,
estas y otras locuras
tuyas me esplico.
¿Cómo síno esplicarme
tu otra manía?
La de que te seduce
la poesía.
Juan, con franqueza
tú debes estar malo

de la cabeza.
Por fuerza, á tí, algún tuno
te ha vuelto loco
y á estas horas te debe
faltar muy poco
Para pupilo
ser en el manicomio
de San Baudilio.
Renuncia, Juan, á tales
calaveradas
y déjate de musas
y de cornadas,
Y cuida tanto
como yo me cuidaba
de ermita y Santo.
Verás como así engordas
y te repones,
y te libras, Juanito,
de tentaciones;
Y ni quebrantos
tendrás, ni sinsabores
ni sobresaltos.
Me consideras terco
en demasia,
y dices que aún me dura,
Juan, la manía
De hacerme el sueco
porque me dá la gana.
¡Cállate embeleco!
¿No confiesas tú mismo
más adelante
qué también vés criando
muy mal talante?
¿Pues si confiesas
á qué diablos, me vienes
á mí con esas?
Si tú siendo un recluta
casi un paisano,
gastas mal genio ¿Quiéres
que un veterano
En la carrera
la sonrisa en los labios
siempre tuviera?
Ya llegarás, si puedes
Juan, á mis años,
y si llegas, de fijo
los desengaños
Te harán tenerlo
tal, que ni los demonios
puedan cojerlo.
Con que no me reproches
ni me critiques
por mi mal genio y basta
ya de palique;
Adios pues, chico,
cuidate y manda, tuyo
siempre

Perico.

Por la copia,
BONIFACIO SANZ.

A PISAR EL LADRILLO.

CUENTO.

CORRIAN aquellos tiempos en que la razón es-
taba de parte de la fuerza, así como hay quien dice,
—y él sabrá por qué— en éstos impera la fuerza de
la razón; quise decir, que en aquellos tiempos, di-
chos de capa y espada, sin que año ni fecha hagan
al caso, había en la ciudad de Soria una distingui-
da dama; de finos modales y distinguidas formas ó
por lo ménos de agraciada cara, que: (así se expli-
caba un amigo á quien oí contar el cuento que te
cuento) á pesar de las cualidades dichas y algunas
otras para la generalidad más aceptables; que en
esto los tiempos no varían; cuáles eran las de tener
muchos escudos de oro y plata y uno de piedra en
la puerta de su casa sostenido por aquéllos, aunque
mucho pesaba por el tamaño y los perros y calde-
ras que tenía, como que era el más grande de la ca-
lle de Caballeros, no conseguía que galán alguno,
ni por casualidad, encuentro, ni afición, hubiera

alabado sus gracias, siquiera en gracia de sus es-
cudos, ni rondase la calle, ni, en una palabra,
mostrase deseos de poseer tanto y tanto como ella
atesoraba.

Probóse aunque en vano con polvos y bebedizos;
no faltaron ofertas ni cirios; pero los días pasaban
y aun algún año trascurrió sin que el tan deseado
caballero se presentara; por innecesario se calla
que cuantos atractivos despliega la femenil coque-
teria se habían puesto en práctica, y que la asisten-
cia á saraos y fiestas, novenas y funciones, no esca-
seaba.

Corrióse por la ciudad la noticia de que un judío
de los que en su barrio habitaban había sido ata-
cado de lepra: doctores y ministriles no dejaban
la ida por la venida en averiguación del caso; pues
grave hubiera sido una tal epidemia en población de
tanta nobleza si por acaso se le autojara propagar-
se, y como ésta y otras plagas no se detienen ante
títulos ni pergaminos, escudos, ni lanzas, infieci-
nara por fuera á los que por dentro la tuvieran ha-
cia ya tiempo y de su curación no se ocuparan. A
vueltas y trasiegos andaban cuando la discretísima
autoridad ordenó y mandó; y siempre sus determi-
naciones eran sabias para los que le rodeaban, por
más que para los demás casi siempre no lo fueran;
que el dicho Ismael, que así llamaban al judío, fue-
se conducido al hospital que con este objeto existía,
al cuidado de los caballeros templarios ó Lazaris-
tas, que de todo había; y las ruinas del edificio,
sobre todo de la capilla, aun se ven junto á la ca-
rretera que conduce á Francia y como á dos kiló-
metros del puente sobre el Duero.

Decían malas lenguas que á pesar del reconoci-
miento de los físicos (si se realizó), el pobre Ismael
en modo alguno tenía la enfermedad que se le acha-
caba, pere sea de ello lo que quiera resultó que fué
al Hospital.

No habría menester muchos cuidados, cuando
libremente circulaba por el Establecimiento y pudo
observar, según despues contaba, que por la noche
y en la capilla había ruidos; y no pudiendo expli-
carse la causa hubo de inquirirla: preparóse al efec-
to, y poco más de la hora de matines sería cuando
vió, no se sabe lo que vería, pero sí sucedió que
curado de su enfermedad y vuelto á su barrio, em-
pezó á decirse, aunque muy bajo, que poseía un
secreto por el cual todas las mujeres deseosas del
séptimo sacramento llegaban á él; decíase también
que los primeros ensayos habían dado resultado sa-
tisfactorio, y con esto no es de extrañar que la casa
del judío, aun con serlo, viérase muy visitada de
cristianos, y aun yo creo que lo sería de moros si á
tierra de aquéllos llegese la noticia.

Fácil había de ser el tratamiento cuando los so-
metidos al plan del judío no ponían colores páli-
dos, ni estaban místios ni cariacontecidos, ni tam-
poco vigiliadas, penitencias, ni ayunos debían entrar
en ello; pues que alegres y contentos discurrían por
la ciudad ó volvían á sus aldeas (entiéndase bien),
ántes del matrimonio; que despues.... entraban en
la ley general de los mortales.

Hubo de enterarse del asunto el santo Tribunal
y mal lo hubiera pasado Ismael, á no ser porque,
según los chismosos, había dispensado á aquellos
sábios varones alguno y aun algunos favores en las
personas de sus sobrinas ó pupilas; aunque esto
no era creíble, dado su celo por la religión y su
perseverancia en extirpar toda hechicería, sobre to-
do si de judíos se trataba; y suponen los más cuer-
dos, y sería verdad, que se debía á la ninguna im-
portancia que se daba á sus palabras, siendo todo
obra de los afectos mutuos de los contrayentes.

Repugnancia y no poca costaba á la señora de
nuestro cuento visitar la dichosa casa y ruda bata-
lla sostenía, que tan pronto la decidía como la ale-
jaba de tan mala idea; pero el tiempo todo lo arre-

gla, y aun desarreglando algo dá alguna vez el verdadero camino; así sucedió, y allá fué como otros tantos en busca del judío.

Si quedó, ó no, satisfecha de la conferencia no se supo hasta después; pero sí que levantó el campo y fuese á vivir á otra población; todos los años, sin embargo, el domingo llamado de Lázaro, se la veía asistir á la capilla de este nombre, desapareciendo al siguiente día para volver en los sucesivos años, hasta uno en que no volvió, y en cambio mandó á sus amigos y conocidos noticias de que había contraído matrimonio y que tenía un hijo á quien había puesto por nombre Lázaro, adecuado en concepto de todos; pues verdadera resurrección podía llamarse el que aquella dama hubiera ingresado en la cofradía de los casados. Por entonces murió el judío, y lo peor del caso fué que nada pudo decir de su secreto; se conoce que entonces era cierto el padecimiento, y sin embargo, no le llevaron al hospital; las mujeres hubieron de ello gran sentimiento, y aunque no tanto, también los hombres; revisóse, con el cuidado que es de suponer, la casa del difunto en busca del precioso talismán, y á vueltas de mucho buscar, en mugriento escritorio y en su secreto más escondido pareció un pergamino con estas frases: «Los que en el día de San Lázaro pisen la losa que hay en el centro de la capilla del Santo, si con fe á la vez lo piden, dentro del año se casarán.»

Hízose pública la receta, dicen que por ser mujeres las que la encontraron, pero yo creo que los hombres hubieran hecho lo mismo: con temor, el primer año, llegaron algunos, con más animación al siguiente, y así creciendo, llegó á constituirse en romería, en la que ya no sólo se pisaba el ladrillo sino que alegrándose por adelantado de los beneficios que el santo les había de dispensar, como en todas las de esta clase, lo esencial pasó á ser secundario. La que se casaba en el año era porque lo había pedido bien, la que no, seguía la costumbre por si algún año así lo hacía y todos por tener una tarde de diversión como paréntesis á las vigiliyas y ayunos de la cuaresma y preparación para la penitencia en la semana-mayor.

Pasó el tiempo, el hospital se hundió, la capilla resistió algo más; pero hizo bien en desaparecer con el misterioso ladrillo y todo, pues en los últimos años no eran muy edificantes las escenas á que el citado ladrillo daba lugar, y por otra parte, las gentes de igual modo se casan y de la misma manera viven y lo desean que en tiempos del judío.

Por la copia,
J. ENRIQUE RUEDA.

Á SORIA.

De luz y de colores, de ardiente poesía
Raudales, de mi lira quisiera ver brotar,
Y así, pueblo soriano, tu gloria y tu hidalguía
Y tus ilustres hechos, me atreviera á cantar.

Que aun cuando triste y sola hoy vivas olvidada,
Le prestan á la mente brillante inspiración,
De la ciudad Celtibera, la epopeya sagrada
Y el nombre de *Nana meia*, de España galardón.

Potente cantarfa el númen del poeta,
Tus luchas gigantéas que te hacen inmortal,
La casa del Templario, la gruta del asceta,
Y los vetustos muros del castillo feudal.

Tu recinto, do viven recuerdos del pasado,
Tus campos, donde se oyen gemidos de Almanzor,
Recuerdos de otros siglos, que el nuestro no ha borrado
Con el agudo y próspero silbido del vapor.

Tus antiguos linajes, más nobles que cien reyes,
Tus montañas, que besan las plantas del Señor,
Tus ilustres caudillos, tus santos y tus leyes,
Y tu glorioso nombre, y tu antiguo esplendor.

Mas no, tierra querida, noble y honrada Soria,
Solar do se amalgaman olvidos y virtud,
Para cantar los timbres de tu preclara historia,
Son ásperos los sonos que tiene mi laud.

MARIANO GRANADOS.

MENS SANA, IN CÔRPORE SANO.

CUANDO llega el crítico momento de tomar la pluma, al objeto de trazar unas cuartillas cuyo contenido haya de merecer la distinguidísima honra de figurar en las páginas del *RECUERDO*, formo decidido propósito de no incurrir en la habitual manía que me domina, y que —ingenuamente lo confieso— me seduce.

Consiste ésta, en concebir planes y proyectos acaso demasiado atrevidos si se considera la relación que existe entre ellos y los medios materiales con que Soria cuenta para llevarlos al terreno de lo real, de lo hacedero, de lo práctico.

Y es que mi voluntad, mi deseo, el acendrado afecto que, á manera de fervoroso culto, profeso á la ciudad querida que me vió nacer y cual madre cariñosa me acogió en su regazo, meció mi cuna y me prestó, generosa, la luz de su cielo y el calor de su tierra, allegando á mi existencia material elementos de vida y desarrollo, y á mi pobre inteligencia ideas, que calcadas en su gloriosa historia aparecen, todavía, más brillantes que los rayos del sol que la iluminan, creo pecar de ingrato, presumo estar colocado en la pendiente de negarle lo que ella con perfecto derecho puede exigirme, si no mostrase vehemente anhelo por verla dotada de todo lo que es bueno, de todo lo que es útil, de todo lo que es grande, de todo lo que la eleva y dignifique tanto como ella merece, que es mucho.

Pero, por esta vez, voy á intentar sustraerme á la influencia de esa pasión ciega que me inspira su ilustre nombre, y de ese idolátrico amor que la profeso para eludir, siquiera, el dictado, que algunos podrían aplicarme, de *loco-sonador*.

Quiero, para Soria, no galas fastuosas, no lujos ni riquezas, no vana ostentación; no quiero que asombre ni deslumbré al visitante; solo anhelo que tenga ambiente puro, atmósfera respirable que ofrezca, á cuantos en su recinto se cobijen, no fluido letal, que emponzoñe el aire y sea germen de aniquilamiento y degeneración; quiero, en una palabra, que llene, hasta donde sea dable —y para conseguirlo no debemos omitir sacrificio de ningún género— las condiciones de vida que la moderna higiene exige.

Juzgo que ahora no encontrareis exagerada mi pretensión.

La preocupación constante de todos los pueblos, que mantienen vivo el espíritu de propia conservación, y la iniciativa de todos los hombres, que por el bienestar y prosperidad de los mismos se afanan y desvelan, tienden á mejorar sus condiciones de salubridad hasta tocar, si es posible, el límite de lo perfecto.

Á la consecución de tan levantado fin van encaimados los esfuerzos de unos y otros.

Y nada de particular tiene que así suceda. Bien claro lo dijo el célebre sábio de la antigüedad al condensar, en el epígrafe de este trabajo, el pensamiento más sublime y más humanitario que la mente creadora del hombre pudo concebir.

Sin la salud no hay nada fructífero ni nada viable. Todo tiene que resultar empuñecido y miserable.

Quando el organismo animal está condenado á sufrir las injurias de un medio ambiente, impropio para su natural desarrollo, se aniquila y destruye; cuando al hombre, víctima de los sufrimientos que lleva consigo este aniquilamiento, sólo el dolor, el abatimiento y la nostalgia le son familiares, su inteligencia se atrofia y anula. En suma; queda reducido á la condición de factor negativo para los efectos de ese progreso incesante, y de ese batallar continuo de donde arrancan las portentosas conquistas de la moderna civilización, que todos los pueblos, de consuno, vienen llamados á realizar.

La Roma de hoy, por ejemplo, es una Roma distinta de cuando las tristemente célebres lagunas Pontinas esparcían y diluían en el aire el germen asesino de sus mefíticas emanaciones.

Aquella campiña, hoy alegre y risueña, presenta lozanía, vigor, encantos naturales de que ántes carecía, y ofrece al artista tipos y costumbres donde su inspiración se sácia, y donde su pluma y sus pinceles encuentran campo adecuado y motivos simpáticos para no permanecer ociosos, ni un solo instante.

Mas basta de digresiones.

Concretémos el punto de nuestro principal propósito.

Desde los más remotos tiempos se han considerado las plantaciones públicas como indispensables para el saneamiento de las poblaciones.

Y se explica fácilmente. Absorbiendo las plantas el ácido carbónico que en el acto de la respiración exhalan los animales, y llevando á la atmósfera grandes cantidades del vivificador oxígeno que anima y ensancha nuestros pulmones, su utilidad, respecto á la higiene, queda bien pronto evidenciada. Pero son aún en mayor número las ventajas que reportan.

Parte del oxígeno reintegrado lo hace en forma de ozono; y este nuevo estado alotrópico es muy á propósito para destruir los gérmenes parasitarios é infecciosos que, procedentes de los despojos animales, bien en forma de ténue polvo ó en el de axisiantes gases flotan en la atmósfera, se mezclan con ésta y la impurifican y la envenenan.

Absorben la humedad del subsuelo —elemento indispensable para su nutrición y desarrollo— con lo cual se evita que el aire respirable esté saturado constantemente de vapor acuoso, tan perjudicial para la salud pública como favorable para acelerar las putrefacciones ó descomposiciones de los restos orgánicos forzosamente acumulados por el movimiento general de los centros de población.

Retienen en su follaje el polvo que á impulsos de los vientos pónese á nuestro alcance para invadir nuestros pulmones y ejercer en ellos acción nada provechosa.

Modifican el clima, refrescan la atmósfera, contrarrestando, así, los efectos del calor excesivo, y embalsaman el ambiente, y recrean la vista y el ánimo se esparce contemplando el bellissimo verdor de sus variadas hojas y los brillantes matices de sus perfumadas flores.

¡Basto laboratorio de fecundidad y vida en el que debemos tener siempre fija la mirada para fomentarlo y ensanchar su esfera de acción, de lo cual sólo bienes, sin cuento, podemos reportar!

Desde los célebres pensiles (1) de Babilonia, los respetados bosques de Diana y de Egeria, hasta los modernos parques de Monceaux y Montsouris, los inmensos bosques de Boulogne y de Vincennes, —en Francia; Saint, James Park, Hyde Park —en Inglaterra; y en nuestra pátria el Jardín Botánico y el Retiro de Madrid, el Parque de Barcelona, la

(1) Jardines artificiales suspendidos.

Florida de Vitoria, el Campo Grande de Valladolid y otros varios sitios, de amenidad y recreo, que pudiéramos citar son testimonio fehaciente de que este ramo de la higiene pública ha merecido, de continuo, la preferente atención de los hombres pensadores.

Para que forméis idea más cabal de su importancia voy á someter á vuestra consideración los siguientes datos estadísticos:

(1) París cuenta con 131 kilómetros de calles plantadas, y son 95.000 el número de árboles que —por el año 1868— les daban sombra.

Turín tiene calles y paseos públicos en 36 kilómetros de extensión lineal con 18.500 árboles.

Thiergarten, de Berlín, tiene una legua de largo.

Lyon se enorgullece con el paseo de la *Télé-d'or* que es uno de los más notables de Europa.

Madrid mismo ha mejorado mucho sus condiciones de bello aspecto y salubridad pública, convirtiendo las áridas y polvorientas plazas del Progreso, Mayor, Bilbao y algunas otras, y su antiguo paseo de Recoletos en bonitos parques y deliciosos jardines que alivian, en mucho, la penosa y monótona vida del vecindario en general, y en particular la de los habitantes de los populosos barrios donde están enclavados. ¿A qué, pues, continuar? Ya habéis comprendido donde encamino mis pasos. Exhibo estos antecedentes como ejemplos dignos de imitar, siquier sea en mucho más ínfima escala y con arreglo á las condiciones de cada localidad.

Soria en materia de higiene pública, si bien tiene algo que corregir y bastante que crear no está tan atrasada ni reina en ella el descuido de tan importante ramo como en otras poblaciones de mucho más vecindario y superior importancia.

Sus calles son bastante limpias y ventiladas; de peores ó mejores condiciones, —pero que al fin llenan su servicio, siquier sea incompleto— tiene su taguea alcantarilla general de desagüe donde afluyen las hijuelas correspondientes á las respectivas viviendas.

No es una población mal-sana, pero todavía queda mucho que hacer en ella.

En el particular de que me vengo ocupando, y cuya influencia benéfica he procurado poner bien de relieve, apenas ha dado los primeros pasos.

Su jardín público si se encuentra ya, hoy día, á regular altura. Atendiendo al vecindario que compone esta capital, bien puede asegurarse que llena la necesidad sentida.

Las plantaciones en las calles y plazas acusan un estado mayor de atraso.

En algunas —no en todas— se ven árboles ni muchos en número, ni con estricta regularidad plantados, ni con extremada solicitud atendidos en sus necesidades de riego, etc.

De algun tiempo á esta parte se realiza su limpieza y poda con algo más arte y cuidado, debido á la esperta mano á quien así se encomendó por acuerdo de una Corporación municipal á la que Soria debe mucho en el sentido de haber iniciado útiles y saludables reformas.

Pero esto no basta.

Aprovechando la ocasión de su mayor dotación de aguas —ventaja que debe estar muy próxima á ver realizada— esas plazas deben completar su decorado con sencillas y modestísimas macizas donde los arbustos y las flores se ostenten, completando así el cuadro que, al par de recrear la vista, revelando buen gusto y acertada dirección, llene sus funciones auxiliares de la buena higiene.

A tenor de la naciente arboleda que exorna el nuevo paseo-carretera de *El Campo* habrían de colocarse dobles filas de acacias de bola en todo el trayecto de la calle del Postigo, y dotar de especies

(1) Fonsagrives.

arbóreas las plazas Mayor, de la Leña, Cabrejas y Herradores.

Además; con muy poco coste resultaría tarea fácil armonizar el dar al pecho aire saludable y á la vista la agradable impresión del verde follaje, con la instrucción popular desarrollada de modo ingenioso.

En la última de las citadas plazas, ó en el centro de un pequeño parque formado en el espacio que hoy media entre la entrada del jardín público y la casa-fielato, sería de muy buen efecto, al par que de utilidad reconocida, la colocación de un aparato donde se vieran reunidos un regulador del tiempo, que fijase con exactitud la hora del mediodía, un termómetro, un barómetro, un higrómetro, un anemómetro y un pluviómetro.

Todas estas mejoras, á todas luces importantísimas y que no exigen considerables dispendios, necesitan tres órdenes de garantías:

El sentimiento de su importancia encarnado en las municipalidades; y éste lo hemos de suponer preexistente.

El agua, que, como dejamos dicho y á juzgar por los datos recogidos, estamos abocados á poseer, con abundancia, en esta localidad.

Y el respeto á las plantas de los paseos, calles y jardines, sostenidas con el dinero de todos y dedicadas al provecho y recreo de todos también.

(1) La destrucción de los paseos es un acto de verdadero salvajismo y uno de los más tristes indicios del estado moral de una población. El respeto de las cosas conduce, por una natural pendiente, al respeto de las personas, y altamente honroso sería que se pudiese suprimir, sin inconveniente alguno, la vigilancia acostumbrada en estos lugares, y se colocasen los paseos, —cual sucede en Suiza— bajo la salvaguardia y protección del público que los frecuenta.

Los árboles mutilados á viva fuerza traen á nuestra memoria el grito doloroso que Virgilio puso en los labios de Melibet: *¡Bárbarus has segetes!*...

Estas consideraciones, tan oportunas como acertadas, del eminente higienista depáranos ocasión propicia para dirigirnos al pueblo Soriano —sensato y comedido, dócil y atento siempre á las observaciones de los que por su bien se interesan— no en son de acerba crítica ni dura censura, sino de cariñoso y fraternal reproche.

Cuenta entre los días dedicados á la celebración de sus tradicionales fiestas de San Juan con uno que, mirado al través del prisma donde se refleja el espíritu de civilización y cultura hoy dominantes, —y siquiera parezca una paradoja— amanece triste y sombrío y tiene digno remate en esplendorosa noche de luz y de alegría donde el aludido espíritu civilizador domina y se enseorea por completo, despertando el sentimiento de lo bello, de lo útil, de lo agradable.

El *sábado-agés* comienza con la salida de los toros enmaromados, —punto negro, que espontáneamente habéis de apresuraros á borrar— y termina con la deliciosa verbena, de encantos llena y con general aplauso acogida.

Y como yo sé, y me consta de cierto que no es el instinto depravado y corrompido, sino el culto inconsciente pagado á la rutina la causa que os predispone á seguir esta costumbre, abrigo fundadas esperanzas que habéis de aceptar, con beneplácito, mi amistoso y leal consejo.

Porque de no ser así, ninguna de las reformas propuestas en este modestísimo trabajo son realizables.

Ante el gusto de un momento habría que renunciar al cúmulo de beneficios que aquéllas nos brindan.

(1) Fonsagrives.

Prácticamente lo estais viendo. Árboles tronchados á efecto de un violento impulso, en aquella memorable mañana, son testigos mudos, pero acusadores perpétuos de una obstinación infundada.

Veinte años fueron precisos para crearlos, tal como eran; un sólo instante bastó para destruirlos, privándonos así de su influencia bienhechora.

No agravio yo á mi pueblo hasta el punto de creer discurre tan poco y piensa tan mal que por gozar del espectáculo y de la impresión, efímeras, que produce el reverberar de una llama intensa, y por contemplar las fantasmagóricas columnas de incandescentes puntos que envueltos en humo deleznable parecen escalar el cielo, preña la fuego á su propia casa sin meditar las fatales consecuencias que despues ha de azarrearle el haberse quedado sin albergue.

Hay más sentido práctico que todo eso en esta hidalga región de la vieja Castilla.

No tienen sus dignos moradores tan cerrada la inteligencia á la radiante luz de la razón.

Por eso confío y espero.

BONIFACIO MOXER.

Á SORIA

AYER Y HOY.

En medio de la noche despertando;
y entre el sopor del sueño interrumpido,
tu pasada grandeza vá evocando
de patrio fuego el corazón henchido.
Unos tras otros ante mí pasando
van tus pueblos narrando lo que han sido;
y con voz arrogante y altanera
explicándose van de esta manera

Yó deshice de Roma las legiones,
yó á la deshonra preferí la muerte,
yó vine á los Sempronios y Escipiones
y ante mis muros se estrelló su suerte.
El valor de mis bravos Pelendones,
fué el espanto de un pueblo grande y fuerte,
yó soy modelo de sin par constancia,
yó soy la grande, la inmortal Numancia.

Yó sufrí de los Cónsules Romanos
el peso de irritante tiranía,
pero unidos mis Pueblos como hermanos
sacudieron su yugo cierto día.
Arévaos y libres Segedanes
juntos lucharon en defensa mía,
y es en la historia, universal mi fama;
paso á mi nombre pues, yó soy Uxama.

En mis campos los Árabes sufrieron
la derrota más grande de la historia
y los Reyes Cristianos se cifieron
en su frente el laurel de la victoria.
Mis hijos con su esfuerzo consiguieron
para su patria inmarecible gloria
teñido estoy en sangre de Almanzór,
yó soy el fiero Calatañazor.

En mis fértiles tierras fué ganada
por Reyes y esforzados caballeros
la tremenda batalla presentada
por infelices, soberbios y altaneros.
El empuje potente de mi espada
cortó de raíz los Musulmanes fueros,
di á los pueblos limítrofes la paz
me llamo, San Esteban de Gormaz.

Sola, triste, perdida, desolada,
y encarnándose en mí con saña fiera
la pobreza, por nadie remediada
cual si mi mal remedio no tuviera;

en medio de Castilla, abandonada
encuéntrome, quizá de España entera,
y yo que madre fui de tanta gloria
hoy soy la triste, la olvidada Soria.

PEDRO IBÁÑEZ GIL.

Burgo de Osma, Agosto de 1885.

DE UN VIAJE Á SORIA.

«Todo tiempo pasado, fué mejor.»
Jorge Manrique.

AQUELLOS tiempos en que se viajaba en diligencia (pues á los de sillas de posta y galeras aceleradas no alcanzan mis recuerdos), vienen á mi memoria siempre que proyecto ó emprendo una excursión artística ó histórica; y los países que he de atravesar llenan las páginas de la historia patria y se prestan á llenar también los álbums del viajero curioso ó del artista, dándoles motivo variado, ya con la silueta de nobilísima y vieja ciudad, que recuerda al Cid, ya con la desmoronada mansión feudal, ya con el campo espacioso donde la batalla librada allí, costó un tronco, ya con la perspectiva de montañas á cuyas cimas se replegan, durante el día, los pálidos fantasmas de la noche, y envolviéndose en la cumbre con sus mantos de niebla, reposan, como seres intangibles, entre el cielo y la tierra.

A mi querido amigo Maximino Peña, á ese hijo de Soria, cuyas sienas orla ya el laurel del primer triunfo, el laurel tan amargo para Chiggi-Rivera y los Ramboché, le decía yo hace un año (y sino se lo decía pensaba decirselo entonces), que uno de los grandes encantos con que su provincia aparecía á mi imaginación era sin duda alguna, el que ni el ronco y lúgubre silbido de la locomotora, ni el humo del Cardiff, ese perfume de la civilización, cual dicen los panegiristas del carbón de piedra, hubiesen, hasta entonces, ni conmovido el eco de esos hermosos valles y bosques, ni manchado el puro y fresco azul del cielo. Claro está, que como artista enamantado con ilusiones, y habiendo comido durante mucho tiempo el pan intelectual que produjeron, de un modo los Scott y los Hugo, de otro los Belzoni y lo Winkelman, de otro los Thien y los Macaulay, de otro los Cervantes y Fray Luis de Leon, claro está, digo, que mucho más me agrada contemplar el monte con sus tajos y acantilados naturales, la cañada por donde rueda impetuoso el torrente que hace dar mil vueltas á las muelas del molino, medio oculto entre la selva y el bosque que le rodean, ostentando el vetusto puente, quizás de tiempos de Aurelio ó de Adriano; el monasterio, que después de largas centurias, aun subsiste, bien que como viejo achacoso y ya inválido, que no el talud abierto en la montaña por el pico y la dinamita, el puente de hierro y traviesas á modo de andamio, ó la negra y monótona pared de la fábrica moderna.

Pero, si á mí, como artista, me encanta el recuerdo que guarda en lo íntimo del alma, de Soria sin locomotora, sin esa Celestina que descubra á la vista del curioso y del indiferente la púdica belleza de esa comarca; sin túneles que violen la virginidad de tierra tan guardada por Dios; sin escueletas chimeneas de ladrillo, que escupan al cielo, envueltos en pestilente alito, residuos de fosilizada vegetación, no por eso pienso que Soria y su provincia estén mejor aisladas de sus hermanas, ó sin sentir en su seno las vibraciones que esa nueva arteria, llamada vía férrea, repercute continuamente y de un modo epiléptico, y cuyas repercusiones son las oleadas de vida, febril sí, pero vida al fin, que recorre España y el globo entero. No; no seré

yó seguramente el que no mida con la imaginación el inmenso beneficio que á esa comarca pinariega—cuyos límites he visto primero en Salduero y después en Vinuesa—reportaría el fácil arrastre de sus hermosas maderas, el emplazamiento de serradoras hidráulicas ó de vapor, la facilidad, en fin, de la vida industrial, hoy tan estudiada y atendida. No; no seré yo tampoco el que vea con disgusto cómo se ensancha la vieja capital, cómo se abren nuevos y elegantes comercios, espaciosos y anchas vías, cómo se reproducen por medio del grabado, de la fotografía, de todos los procedimientos, al caso pertinentes, los hermosos monumentos de Soria, cómo se pueblan de hoteles y villitas sus hermosas zonas del Norte: nó; no solo admiraré todo ésto entonces, sino que también hoy, pensando y discuriendo con arreglo á la realidad más estricta, veo necesidad tan grande, y casi deploro no haber seguido el consejo de algunos paisanos míos; ¡podría haber llevado á cabo algo en favor de Soria, para mí dos veces simpática!!

Mas, ¿qué hemos de hacerle? el hombre es una contradicción viviente, y yó, en mi calidad de artista, tengo derecho á vivir soñando y á no despertar si no á puro tropiezo con la realidad: así es, que cuando se realice ese gran ideal de toda esa provincia, cuando la locomotora llevando el activismo y la vida de la moderna necesidad á Soria, y al seno de esos bosques la demanda creciente de sus productos, y la tala deje claros enormes no repletos en largo tiempo, y á la melancólica y encantadora quietud y silencio, que hoy son los dos ciceroni más elocuentes que tienen los hermosísimos monumentos de Soria, suceda el estrepitoso rodar de los omnibus y el silbato del tranvia, y los vocadores de todo, y la incómoda aglomeración de muchedumbres de todas clases, y el silbido de las fábricas llamando al obrero, y el cielo se llene de ráfagas de humo apesoso, y el aliciente del negocio reúna colonias de explotadores de toda lengua, y en fin, las necesidades crecientes, apremiantes de un pueblo con plétora de vida lo exijan, y caigan, primero aquella série de palacetes y templos de los siglos XIV y XV que se admiran en la calle Real, y después aquella calle de Caballeros tan típica, tan hermosamente española del último tercio de la edad-media, y después.... quizás Santo Domingo, esa joya románica.... por que, no se haga nadie ilusiones; cuando grandes conveniencias ó grandes capitales lo exigen, se sacrifica el arte y la historia: y por último, cuando á guisa de recuerdo y donde se eleva el mojón sagrado que dice «aquí fué Numancia;»—aquella ciudad asombro de los pueblos libres y valientes—se plantifiquen *restaurants*, y puestecitos de chucherías encontradas en las escavaciones; cuando llegue ese día invitaré á los que amen el recuerdo, y reunidos en el estudio del pintor Soriano, descubierta la cabeza iremos pasando la vista á las hojas del álbum del artista donde la fotografía, el lápiz, la pluma, el color, han reproducido la Soria comprada por un rey á su asesino favorito, y la ciudad que inspiró al célebre Tirso tanta obra maestra; y después de dar placer así á nuestra alma, de hacer el panegirico de la que sucedió á Numancia—que ya fué para el arte y entonces será para el comercio—tomaremos una vieja diligencia y recorreremos el trayecto que existe entre Madrid y Soria al compás de los cascabeles de las mulas, escuchando las caleseras del mayoral, mirando despacio Al-Kalaa-En-Naar, Medina, Almazan, y entraremos en Soria diciendo con el poeta

.....
Todo tiempo pasado, fué mejor....!

R. Balsa de la Vega.

Madrid y Setiembre 1885.

LA LAGUNA MELADA.

EN EL CENTRO próximamente de frondoso pinar, que se extiende hasta los mismos límites de su término municipal, y ceñido casi ó, con más propiedad dicho, aprisionado por el rio Duero y sus afluentes *La Paul* y *El Vecedo*, existe en nuestra provincia el pueblo de *Covaleda*, cuya visita no vacilamos en recomendar á todos cuantos deseen recrearse con la vista de un paisaje lleno de exuberante vida, salvaje majestad y entretenido movimiento, que compensan con exceso las pequeñas molestias de un viaje de siete horas desde la capital.

No son las alimentadas por las nieves y cristalinas fuentes de *Zurraquin*, del *Zamplón*, de la *Hilandera*, de *Poyal de Sancho*, del *Cubo*, del *Campo*, de la *Raiz*, del *Doctor*, de la *Chorla*, del *Cubo de las Lodosas*, de *Peña-abantos*, de los *Pajarejos*, de la *Morciguilla*, del *Calco*, de *Santo Luanio*, ni *Fuente fria* ni *Fuente blanca*, ni las pocas más, que, salpicadas con artístico desorden, prestan agradable encanto á aquellos sitios y se hallan repartidas en una extensión de monte de 10.931 hectáreas, 46 áreas, 95 centiáreas las que nos impulsan á ello solamente; no nos mueve á aconsejar esa excursión, objeto tal vez de injustificada sátira, la particular intención de admirar como se deslizan mansas ó se precipitan impetuosas, dentro de aquel término, las aguas, que, procedentes del deshielo de un temporal de nieves de seis meses, corren por los arroyos y rios,—según llaman los pinariegos de este pueblo á algunos de aquellos arroyos—del *Hornillo*, de la *Espinosa*, del *Cerro*, de *Perondillo*, de la *Herrida*, de la *Cacha*, de los *Horeajos de la Cevada*, de *Agua relumbrosa*, del *Raigón*, de la *Paul*, del *Zamplón*, de *Peña el ombligo*, de las *Canales*, del *Vecedo*, de *Vocalprado*, de las *Mañequillas*, de los *Tórnos*, de la *Ojeda*, *Remoncio*, *Mojón*, del *Nido del Accitón*, del *Pico del Escobar*, de *Peña-abantos*, de *Peña Ojada*, de la *Cocina*, de *Valdorno*, de *Valdegolla*, de las *Guijarras*, de *Cueva arenosa*, de *Cueva mienta*, de *Royo rando*, de las *Tercas*, de *Fuente de la Chorla* y de *Valle malo*, para ir á aumentar el caudal de las del Duero; tampoco juzgamos como poderoso incentivo para inducir á hacer esa expedición únicamente la belleza con que sorprende á todo ánimo amante de lo perfectamente hermoso el alegre ropaje de que se adorna el manchón de hayas de *La Cevada*, destacándose entre los sombríos, esbeltos y elevados pinos, que cubren limitados valles, errecen sobre pendientes laderas, surgen al pié del arroyo que lame oculta y fresca pradera, se mecen majestuosa y gallardamente en lo alto de áspero risco combatido por heladas ventiscas y en constante lucha con los elementos todos; ni nos instiga, asimismo, á pintar con tan bellos colores—para algunos tal vez demasiado vivos,—un viaje no exento de algunas contrariedades, el desseo, bastante desarrollado entre los naturales de la provincia, de dar á conocer de cerca las tan nombradas lagunas de *Urbién*, *Helada*, *Negra* y *Larga*, rodeadas de imponente soledad en lo alto y más agreste del término, que, al invadir estas altitudes, cedió su vegetación, tras lucha tenaz por la vida con la Naturaleza, no sin dejar un poco más abajo los últimos restos maltrechos en tan significativo y elocuente combate de una masa arbórea tan vigorosa y lozana dentro del limitado espacio que aquella la señaló, nó: es la verde pradera esmaltada de variadas y pintadas flores silvestres y la sombría colina cubierta de elevados pinos entre laberintico retamal; el encantador murmullo del veleidoso arroyo y el gorgojo alegre de la oculta avecilla; la mariposa, que refleja el vivo matiz de sus vistosas alas sobre el terso y claro cristal de

silenciosa fuente y la roca, que, erguida, dibuja sus angulosas formas sobre el azulado cielo; el zumbido de metálico insecto en busca del delicioso néctar que le ofrecen perfumados cálices y el inquieto susurro de las trémulas hojas al beso de juguetona brisa; la veloz carrera de tímida corza que huye asustada al bafir de alas de carnívoro buitre y la inquisitorial mirada del desconfiado pastor sorprendido por la para él inexplicable y fatigosa ascensión hasta aquellos escondidos rincones del ilustrado habitante de la capital; la esquila del ganado que rúmia la verde hierba del fresco pastizal y el cadencioso golpeteo del agua que salta despenada sobre revuelto montón de piedras y rocas en mil pedazos deshechas avivando el verdor de los musgos que las tapizan; la estrecha vereda festoneada por caprichosa combinación en que Flora luce sus primores y la pavorosa cueva adornada de todos cuantos horrores puede forjar una imaginación excesivamente impresionable, aguijoneada por temida curiosidad; la solitaria laguna, que, allá entre nieves, refleja sobre el tranquilo seno de sus aguas el magnífico centelleo del rayo y todas cuantas luchas se hacen sobre ella y el placentero calorero donde descansa errante res, olfateando del hambriento lobo la sigilosa marcha, que llevó hasta ella el sutil vienteillo de la noche; la monótona planicie de abajo y los variados repliegues y las ocultas gargantas de lo alto; es, para terminar, el conjunto armónico de tantas maravillas, que, obligándonos a olvidar las realidades del mundo en que vivimos, nos hace pensar en algo superior á la pequeñez humana, llenando nuestros deseos de gratísima impresión.

Pero no continuemos, porque el modelo elegido para nuestro cuadro es muy hermoso y también sobradamente difícil de pintar por mano tan inexperta como la nuestra, acostumbrada á mal copiar, — con la incertidumbre propia del niño aprobado en tan divino arte, sin previo examen, por adorable padre, — cuantos objetos impresionan nuestros sentidos, y ocupémonos, — que tal vez así cumplamos menos desairadamente el compromiso á que nos obligaron amistades para nosotros muy queridas, pero á la vez excesivamente confiadas de nuestras aptitudes literarias, — de emprender un ameno viaje al pueblo de los aros y de las gamellas en compañía de unos cuantos amigos de buen humor, á la par que reconocido buen gusto por todo lo que sea verdaderamente bello, — pues de todo esto há menester nuestra selvática expedición, — para convencernos no son fruto de soñadora imaginación los primorosos encantos con que sorprende al observador curioso, según se dice, el monte pinar de Covaleda.

Realizaremos nuestros propósitos al azar y sin preceder una acertada elección de la época más oportuna para llevar á debido efecto nuestro pensamiento? No. Las nieves blanquean por lo general el suelo de aquel montañoso término durante los meses de Octubre á Marzo; y, aparte de que esta circunstancia especial haría ménos entretenido y agradable el descanso nocturno de la animada caravana, penosa, y aún imposible, la caminata por el monte, destruyendo más que nada el atractivo de aquel maravilloso conjunto, exento por entonces de las escogidas galas con que le obsequia la estación florida, sería un capricho de gusto disencible trocar el imprescindible brasero adornado de su indispensable camilla de la capital por la típica cocina de un pueblo de pinares en la que se abrasa el cuerpo todo al calor de fragua de los encendidos leños y causa malestar asaz penoso el por demás extraño y humoso *tedero*, único aparato industrial de que disponen aquellas hospitalarias y cariñosas gentes para alumbrar tan interesante parte de sus moradas.

Discutido que ha sido punto tan esencial con la sobriedad habitual en personas todas jóvenes y un tanto dadas á amenizar el amigable conclave con interminables planes de dudosa realización, se ha concertado la salida, — una vez sometidos á la más severa é imparcial crítica el pró y el contra de cuantas observaciones por todos fueron apuntadas, — para el mes de Julio; pero acordándose por unanimidad de votos efectuar el viaje desde Soria al pueblo de *Herreros*, — primera etapa de tan pregonada expedición, — en coche particular, á fin de evitarnos todas las agradables emociones de un lleno en el vehículo que, para Burgos, sale diariamente de la plazuela de *Teatinos* á las once de la mañana.

¡Llegó por fin el ansiado día! Vestidos del traje especial exigido por la rudeza de los sitios que nos veríamos precisados á pisar y cómodamente sentados en las banquetas del coche, que, arrastrado por tres hermosas y adiestradas bestias, nos proporcionó, previo ajuste, su dueño el tan conocido y apreciado convecino nuestro y labrador, Plácido Gonzalo, abandonamos el *Collado*, ó sea la calle principal de la ciudad, entrando en la carretera que se dirige al Burgo, la cual separa, al arrancar de la de Madrid, el vistoso y consabido *Espolón* de toda capital de provincia y la renombrada *Dehesa de San Andrés* del agradable *Paseo de invierno*; y alcanzando al poco rato el *Ventorrillo del Portazgo*, seguimos nuestro camino por la que conduce á Burgos, enlazada con la anterior á mano derecha en el indicado portazgo. Los amenos cuentos salpicados de chistes oportunos y los arriesgados planes relacionados con nuestra bien organizada correría, tan locamente propuestos como seguidamente olvidados, logran no nos aperebarnos hemos ya pasado la tan frecuentada venta de *La Verguilla*, — que queda á la derecha, — y nos hallamos en la interminable *Dehesa de Valonsadero*, limitada por la escabrosa sierra del *Pico de Frontes* á la izquierda de la carretera, para arribar, — una vez atravesada esta línea donde pastan los obligados toros de las fiestas de *San Juan* ó de *las Calderas*, — al pueblo de *Toledillo*, que tiene su asiento á la derecha del mismo camino. Pasado algun tiempo cruzamos otro pueblo, el de *Cidones*; un poco más adelante el de *Villaverde*, y, saliéndonos de carretera, penetramos en el de *Herreros*; habiendo tardado en llegar á este punto desde la capital unas dos horas próximamente.

Como no deseamos variar bajo pretexto alguno ninguno de los obligados accidentes de esta gira, establecidos por todos los que nos precedieron en la realización de pensamientos muy parecidos al nuestro, descansemos una media hora en este último pueblo, invadiendo la posada que, muy próxima de nosotros, brinda con una oportuna hospitalidad. Franqueemos su angosto portal; tomemos posesión de los centados taburetes de mal cepillado pino que encontramos; saquemos nuestras repletas petacas; dejemos gozar de cierta libertad á nuestros entumecidos miembros; apaguemos la sed que nos mortifica con un buen vaso de agua, las indispensables gotas de anisado y el imprescindible azucarillo; y, en tanto atormentamos los pulmones con los cigarros incomparables de la *Tabacalera*, satisfacemos la natural curiosidad de todo viajero, — jamas anotado en la correspondiente casilla del billete como formando parte integrante de cuanto se hacina en la necesaria *vaca*, — enterándonos, por el ingenuo y comunicativo posadero, de todo cuanto ignoramos y relación tiene con los hábitos y costumbres de aquel vecindario, tan sencillo en sus gustos y necesidades.

Una vez cumplida esta ineludible obligación y logrado el apetecido descanso, subamos de nuevo

al coche, que, al chasquido de bien dominada tralla, sigue, arrastrado por el ganado y rompiendo la polvorienta columna de arena que levanta, el ancho y desigual camino abierto en la extensa y árida vega de *Amblao*; cuyo camino va á morir, — dejando á mano izquierda el famoso *Pinarejo del Pinar Grande*, — en el arranque mismo de un magnífico y bien construido puente de piedra sillería, privado, — por no haberse hecho todavía los estudios del vecinal subordinados á tan incomprensible obra, — de bien concebida entrada, así como también de toda salida exenta de peligroso contra tiempo, y constante pesadilla durante el resto del viaje de uno de nuestros compañeros de expedición, aficionado *enrage* á darse en aplida satisfacción de la verdadera utilidad de todo cuanto se debe á la humana actividad y excita su nunca satisfecha curiosidad.

Hemos terminado la primera parte de un viaje realizado hasta aquí con bastante comodidad y libre de molestas contrariedades; pero las condiciones del resto del camino no permiten usar el mismo medio de locomoción empleado hasta este punto y habremos de resignarnos, mal que nos pese, á continuar nuestra correría montados en los deslucidos, aunque seguros y ágiles, jacos del país que ya nos esperan y hemos hecho venir de Covaleda.

En tanto reponen sus fuerzas las caballerías, apurando el consabido pienso, hagamos alto cerca del inconcebible puente; y defendidos, en cuanto sea posible, de los rayos de ardiente sol por las raquiticas copas de unos cuantos pinos esparcidos al azar, disfrutemos, bien sentados, bien echados sobre la verde hierba, de los sabrosos y apetitosos refuerzos culinarios arrojados por previsor compañero en las profundidades de seis monumentales alforjas profusamente adornadas de animados y caprichosos colores y artísticamente ataviadas con numerosas borlas color verde y grana.

¿Se terminó ya la campestre sesión gastronómica? ¿Fue recogido y puesto en orden todo cuanto los desordenados apetitos de estómagos mal acostumbrados exigieron fuese arrojado á granel sobre el suelo para acallar sus apremiantes insinuaciones? ¿Están listos los animales? Pues á montar sobre ellos, — y no á la *alta escuela*, como fuese mi compañero de la derecha, pollo con honores de gallo, muy versado en el arte de la equitación, y á quien cupo en suerte por el *don de errar tan frecuente en las humanas acciones* una montura sui generis, — á fin de vadear, pasando antes por bajo del primer arco de la izquierda del repetido puente, el río *Ebrillos* y alcanzar el sitio que denominan *Cubillos*, todo cubierto de hermosas y lozanas matas de roble. Transpuesto este monte, y á muy corta distancia del mismo, se nos presenta el pueblo de *Molinos de Duero* en el que entramos, llamándonos poderosamente la atención desde el primer momento la excelente construcción de su casa Ayuntamiento y algunas más, todas ellas de inmejorable y bien labrada piedra sillería, que denuncian el floreciente y envidiable estado de la ganadería por aquellos tiempos en que el inolvidable *Consejo de la Mesta* se imponía á todo y á todos con la incontrastable fuerza de numerosos rebaños de miles de cabezas puestos bajo su salvaguardia y protección; atravesemos sus calles, sin detenernos á reflexionar sobre el efecto poco armónico de tales edificios sepultados dentro de tan selvática concavidad, para admirar, — antes de llegar á *Saldueiro* y una vez ganada la salida del repetido *Molinos*, — el paisaje soberbio que se destaca á nuestra derecha, debido á caprichosa combinación de una naturaleza exuberante en sus creaciones, de un reducido, agreste y umbroso pinar, sombreando las líneas y contornos del movido ramaje en las inquietas aguas del Duero, que, al pié del mismo pinar, se desliza mansa y silenciosamente; crucemos el largo puente de

madera tendido sobre este río y penetremos, finalmente, en el ya nombrado *Salduero*.

Nos encontramos, y de ello debemos felicitarnos, en la verdadera zona pinariega.

Saquemos desde luego nuestras carteras, afilamos nuestros lápices y preparémonos a cuajar aquellas, en artístico desorden confundidos, de los apuntes varios que juzguemos notables y precisos para escribir, cuando bien viniere, los unos monótonas y exageradas relaciones de viaje, para ofrecer en oportuna ocasión, los otros, preciosos y notabilísimos jirones de los encantadores y poéticos cuadros hallados al penetrar por aquellos sitios llenos de seductora belleza, imponente majestad, poderosa vida y continuo movimiento.

Y en verdad que seríamos objeto de justificadas censuras, poco favorables al buen concepto que toda persona culta desea merecer de quienes juzga con autoridad bastante para otorgar propio voto acerca de tan honroso galardón, si no fuésemos tentados de disculpable prurito por ocuparnos en tan agradable tarea, incitados poderosamente por el admirable panorama que sorprende nuestros sentidos todos desde aquí hasta Covaleda.

Al final de la calle *del Racho*, que hemos tenido que cruzar para salir del pueblo, se alza, severa, una modesta iglesia coronada de sencillo campanario, cuya refulgente cruz es seguro faro de consoladoras esperanzas para el buen creyente perdido, durante las horas crepusculares de una tarde del mes de Diciembre enriquecidas con todas las negruras de violenta ventisca rasgando las finísimas de aquellos sombríos repicues, terroríficas cuevas, pavorosas profundidades y gigantes masas pétreas cortadas a pico sobre los costados del hondo barranco, que desvanece en el espacio con toda la espantable magnificencia de su selvático poderío el turbulento movimiento de las oprimidas aguas del Duero huyendo precipitadas de los inexpugnables muros que las aprisionan, por la faja sinuosa y blanquecina del camino que, partiendo de la derecha de tan santa morada y faldeando las ásperas ó suaves laderas de un terreno en donde se reflejan antiguas conmociones internas del globo, se vuelve y retuerce en violentas contorsiones, con veleidada suma, para acercarse á la orilla de aquel río ó bien para huir de su corriente, que, mansa ó soberbia, silenciosa ó formando ruidosa cascada, corre en dirección de *Salduero*, besando casi los cimientos de la pared del mediodía de aquel bendito templo, el cual queda por esta circunstancia entre el nombrado río y el camino.

Este, en su trayecto desde *Salduero* á *Covaleda*, atraviesa con nosotros *Tres Cruces*, *Las Piedras del Molino*; deja á su izquierda el molino y después una sierra; (1) salva *La Umbria del Pico*, el arroyo de *Peñalada*, *Los Rodaderos de la sierra*, el arroyo de *la Poveda*, *La Poveda*, *El Castellón de la Presa*, el arroyo de *los Moralejos*, *La Peña de la Presa*, *Las Columnas de la Viuda*, el arroyo *Mojón*, — límite de *Covaleda* con *Salduero*, — *El Raso del royo mojón*, el arroyo de *las Atalayas*, *el Raso de la Cuesta*, *La Umbria de Peña Raya*, *La Cuesta*, *La Cuesta del Tabanazo*, por donde se desliza el arroyo de *la Revuelta*, *La Majada de Lerín*, el arroyo de *la Cuesta*, el prado y el arroyo de *los Hoyuelos*, *La Cruz del pobre*, *La Fuente de Santo Lúcio*, *Las Zorreras*, — al pié de las que se descubre otra sierra, la *bajera*; y á poca distancia de esta el *Molino bajero*; — cruza la *Cuerda*

del Trabuco, el arroyo de *la Ojeda*, con su sierra del mismo nombre, *La Escalera*; abandona por la derecha *La Fuente del Doctor*; sigue por *Las Razuelas*; corta los arroyos de *Peñas juntas* y *del Molino*; toca con otra sierra y un molino llamado de *Enmedio*; pasa por bajo de *Peñas juntas* ó túnel natural formado por dos enormes peñascos; se encuentra con una quinta sierra, titulada *Nueva*, que exhibe su magnífica y bien construida presa de piedra sillera; penetra en *Los Rebollares*, surcados por el arroyo de *la Yedra*; se dirige por *El Lomo*; traspasa los arroyos por el puente de madera colocado sobre los mismos; llega hasta el *Crucifijo del Campo*; gana *El Maguillo* con su arroyo del *Charlón*, que utilizan los vecinos por la pureza de sus aguas, al propio tiempo que por su mayor proximidad al pueblo, pues lo atraviesa; y subiendo por la calle bastante pendiente, aunque corta, *del Pozo*, se introduce en *Covaleda*, tropezando por la derecha con la primera morada, toda ella de inmejorable piedra sillera, la iglesia.

¡Qué de gratas emociones sentidas desde *Salduero* hasta aquí! Qué de impresiones tan variadas en sus formas como bellas en sus efectos, las recibidas! ¡Cuántas frases de admiración han salido de nuestros labios! Aquí, es un vivificante rayo del esplendoroso astro del día, que, penetrando tímido por entre el verde follaje de ramoso pino, acaricia la pintada corola donde palpitan los primeros besos de secretas bodas y se aleja súbito, como ruboroso, para esconderse en el seno de la corriente que se agita conmovida, lo que os cautiva; más allá, el inimitable trino de ave canora, que canta sus alegrías bajo tupido dosel de fresco verdor, rivalizando con las armónicas notas del agua, que, en rizados copos, salta bulliciosa por el cauce del río, lo que os suspende; en el barranco, es un pedazo de desigual ladera vestida con todas las galas de una vegetación lozana y una variada flora en lucha con la ingratitud de erizadas y quebradas peñas por allí salpicadas, asomándose á la orilla del arroyo, que, generoso, reparte á su alrededor los preciados dones atesorados dentro de sus cristalinas aguas, lo que os maravilla; en un recodo del camino, es la verdina pradera, donde paca el inofensivo cordero de blanco vellón, rompiendo la monotonía que acompaña á la espesa y oscura *pimpollada*, que lo circunda y donde se juzga segura la elegante y ágil ardilla, lo que os encanta; abajo, es el desagradable chirrido de la hoja de la sierra, el sordo ruido de la piedra del molino, el golpeteo del agua del solapado *chorton* ó *burdial*, que, abandonando las alturas, desciende, protegido por floridos retamales y deslizándose por bajo del temido y engañoso *trampal*, para precipitarse en el Duero, el frondoso repliegue del terreno, por donde zumba vistoso insecto, dominado por la sombría cubierta que forman las cabelleras de densa masa de pinar; arriba, es la cabra montañesa trepando por inclinada arista de una roca suspendida sobre el borde de profundo abismo, el árbol de descarnadas raíces que corona la cresta de elevadísimo muro de piedra arenisca, el manantial de purísima agua despenándose por entre pedazos de piedras, hojas y flores, los infinitos efectos de maravilloso contraste ó de bellísima armonía brillantados por los resplandores de la luz del día iluminando la imponente grandeza de aquellas enormes y elevadas masas pétreas, todas cubiertas de espesuras impenetrables.

¡Soberbio paisaje rebelde á bien manejada pluma, á bien gobernado pincel por diestra mano de hábil artista!

Es el pueblo en donde acabamos de entrar conjunto de 202 casas, dibujando sobre el horizonte sus sólidas y características chimeneas de forma invariablemente cónica, con sus tres ermitas, la de *Nuestra Señora del Campo*, la de *Nuestra Señora de*

las Angustias y la derruida de *San Miguel*, sus correspondientes calles, — algunas bastante pendientes, — su indispensable plaza y su imprescindible casa del Concejo, repartidas en una área de diez hectáreas próximamente, circuido por un polígono de prados, no menor de 309 hectáreas, y dentro de cuyo radio registra el Censo un número de habitantes que alcanza la cifra 933, excediendo á la del sexo fuerte la del débil, que lleva la peor parte en las habituales faenas de sus moradores; por cuya especial circunstancia los vecinos de los pueblos limítrofes distinguen á tan necesaria compañera de nuestra vida con el siguiente poco galante, sobradamente duro y nada métrico distico:

El que se casa en Covaleda
Mujer y burra lleva.

Como natural consecuencia de la desigualmente que se halla repartida la riqueza, reconocense establecidas tres categorías de casas en el pueblo: la de los *carrieros*, compuesta de un reducido número de vecinos que cuentan con sobrados recursos para satisfacer holga bastante sus necesidades, y la de los *areros* y *ganaderos*, que comprende el mayor número de vecinos, siempre necesitados del diario jornal para proporcionar el bocado de pan con que regalar sus trabajadas fuerzas. Los primeros, se dedican, no solo al comercio del ganado vacuno, que pasta errante por aquellas agrestes pastizales, sino también al de maderas; los segundos, trabajan como hacheros y en la elaboración de aros y game llas durante los meses en que el suelo del monte está completamente cubierto de nieve, mal defendidos de las injurias de la estación por sencilla y transitoria choza, abandonada una vez queda terminada la corta de cuatro mil pinos, que, actualmente y como aprovechamiento vecinal, se conceden al mismo pueblo.

Lo muy fatigados que nos sentimos y la precisión de madrugar al siguiente día para llegar hasta las lagunas, sin tener que sufrir los desagradables efectos de un valor mortificante, mueven al cariñoso amigo, en cuya casa nos fué ofrecida desinteresada y agradable hospitalidad, á aconsejarnos ocupemos una mesa, en donde sobre blanco mantel regala á sus confundidos huéspedes con una bien servida y abundante cena, á fin de satisfacer esa obligada necesidad y ganar cuanto antes una bien arreglada cama para dormir cómodamente hasta la hora ya fijada.

.....
.....
¡Las cuatro de la mañana acabau de sonar en el reloj de la casa! Abandonemos, por sensible que nos sea, el lecho reparador vestido de limpias sábanas; vengamos la pereza que nos domina; vistámonos pronto; honremos el desayuno que nos tienen preparado; y montemos, finalmente, sobre los pequeños caballos montañeses que ya nos esperan en la calle para gozar de las primeras horas de una mañana en que

Todo es luz, aves, aromas;
Fuego el sol; llanto el rocío;
Flores el juncal; las pomas,
Roja grana; las palomas,
Blanca nieve; espuma el río.
La oscura selva, ruidores;
El torrente, centelleos
E' divinos resplandores;
La alameda, ruiseñores;
Los ruiseñores, gorjeos. (1)

y salir del pueblo por la calleja de *San Miguel*, — dejando al final de la misma, por la derecha, la ermita del mismo nombre y *Peña pico*, — á fin de alcanzar el *Losar de Pradejón*, en donde encontramos el camino del *Hoyo*, que tenemos que seguir y conduce á las lagunas tantas veces nombradas.

(1) Agustín F. Cuenca

(1) Artefacto de aserrar maderas, por lo general de primitiva construcción, que tiene unos 50 metros cuadrados de superficie sobre la que se levantan comunmente desde el piso del mismo artefacto cuatro paredes con tablas, sosteniendo una cubierta armada de teja que defiende un hogar y el aparato destinado al aserrio de los tajones ó trozas, compuesto: del carro, cajón largo en donde son colocados y sujetos los tajones, y del bastidor, marco en el cual se fija la hoja de la sierra y al que imprime movimiento una rueda hidráulica por medio de la *Zanpa*.

Arranca este camino, —abierto muy próximo de la notable divisoria de los arroyos *La Paul* y *El Vecedo* hasta llegar al *Zamplón*, — rompiendo por entre frondosos brezales guarnecidos de sus densamente apiñadas, ya blancas, ya rojizas, corolas urceoladas, — refugio seguro del perseguido y fiero javalí ó *javalin*, según aquí se dice, — espesos matorrales de roble, — donde se oculta modesta violeta de florecencia tardía, la invasora fresa apuntando sus preciadas *mautios* (1); el azafrán silvestre de perigonio violado y estigmas anaranjados, — asociados al escaramujo de coralinos frutos, al verde espino de rojas majuelas, á la punzante zarza de negras y gustosas moras, y atravesando por *Fuente blanca*, — que deja á su izquierda, — *Peña la mina*, — separado del *Quemado que me apeas* por el arroyo de las *Cavales*, — *Prado del Hoyo*, *Majada de Juanines*, — lindante con *El Terremoto*, — *Los Hornos de la Posina*, — en donde todavía se ven restos de los antiguos hornos de pez allí establecidos y aparecen los pinos atormentados por apiñados grupos de líquenes barbados, carácter distintivo de toda vegetación enfermiza, — *La Cevada*, — alegre manchón de hayas á cuya sombra vive el acebo de lustrosa, rígida y acerada hoja y que muere en el fondo del barranco por donde se precipitan alborotadas las espumosas aguas de *La Paul*, — para seguir despues por la senda del *Zamplón*, penetrar inmediatamente en el quinto de este nombre, cruzar parte del hermoso pastizal de verano, conocido con el nombre de *Quinto de Llanos de Sierra*, y subir á *Tres mojonos* ó *Mojón alto*.

Aquí ya no nos acompaña el gallardo y vigoroso pino, cuya debilitada energía principia á manifestarse en *Los Hornos de la Posina* para exhibirse, con todo el lujo de su asolador poderío dentro de aquellas altitudes, presentando al curioso observador en *El Zamplón* un reducido número de árboles de forma achaparrada, ramas reforcidas y raquítico desarrollo, como los últimos restos de una lucha tenaz por la vida con la Naturaleza: ha desaparecido, quedando detrás de nosotros, la hermosa masa de pinar, que tanto embellece la mayor parte del área del monte de Covaleda, con el oloroso tomillo, el aromático cantueso, el bello *rabaquin* de anaranjado fruto, la medicinal genciana, el avellano de ruda vestidura, el blanquecino saz de molesto porte, la rastrea gayuba con sus bayas rojas, las primorosas orquideas, la anabia, el magnillo, el helecho y demás plantas que forman la parte más rica y curiosa de la Flora del mismo monte; y solo podemos admirar en estos momentos la silenciosa majestad de unas praderas cubiertas de finísima hierba, — salpicada muy de tarde en tarde del áureo narciso alpino, del diminuto pensamiento montesino, — y refrescadas por los numerosos regatos procedentes del deshielo de las nieves existentes todavía en las partes umbrías de las peñas y riscos, que limitan aquellos pastizales y, á la vez, el término municipal de Covaleda.

Dentro de esta imponente soledad, de estas masas pétreas erizadas de ingratas rocas cretáceas, se descubren dos lagunas: la *Helada*, de tres hectáreas de extensión superficial, al pié de *Mojón alto*, y la *larga*, que medirá hectárea y media de superficie, entre *Faldas de Urbión* y el *Portillo de Zurraquin*, al Norte de la primera, separada de ella 1.350 metros, y tocando casi la mojonera de aquel pueblo. Ambas son las únicas existentes en su término municipal ó en su monte pinar, por ser una misma la mojonera del término y la del monte.

El *Pico de Urbión*, — distante dos kilómetros y medio N. O. de la primera de las dos lagunas, — corona el abismo que le separa de la de *Urbión*, en-

clavada en la provincia de Logroño; y el *Pico de Zurraquin*, — destacándose á dos kilómetros también de aquella, — domina la *Negra*, situada en los mismos confines de este término con el *Pinar de Santa Inés*, — si bien fuera del citado término, — y al pié de un elevadísimo esearpe circular, que, ceñido por una hermosa masa de pinos *albares*, contribuye á librar tan escondida laguna de toda indiscreta mirada hasta el mismo instante de pisar sus orillas.

Finalmente: la *Laguna larga* dá vida al arroyo de *Majada rubia*, que baja por el pinar nombrado últimamente, y las aguas de la *Helada*, — saltando despeñadas por la mojonera y confundiendo con las de la *Negra*, — forman el llamado de *La Laguna*, que, unido al anterior y secundado por otros varios, origen es del titulado *Bevuesa* en el ya repetido pinar de *Santa Inés*.

Excepcion hecha de la titulada *Laguna Negra*, ninguna de las otras tres logra llamar la atención de todo aquel que se resuelve á llegar hasta allí, dignas de ser visitadas solamente por la imponente y fría majestad que revisten las peñas y riscos confundidos con las nubes la mayor parte del año.

Plomiza nube, precursora de violenta, á la vez que temida, tormenta, se balancea sobre la *Laguna Negra*; y esto nos obliga á dar aquí por terminada nuestra expedición: apresurándonos á regresar con toda premura al pueblo para presenciar, bajo seguro techado, una de las más admirables y sorprendentes manifestaciones de la potente Naturaleza.

Tal es el itinerario que debe seguir todo el que aspire á ver de cerca las lagunas sitas alrededor del *Pico de Urbión*, si desea imprimir al viaje un carácter, no solo agradable, sino á la vez instructivo.

FERNANDO V. DE MEDRANO.

UN MONUMENTO A NUMANCIA!

IMPROVISACION.

Una vez más, patria mía
suene el aplauso entusiasta
para los vates innumerables
que enardecidos te cantan.

Una vez más, que en sus plectros
tu epopeya sacrosanta
elevan á lo infinito
é inmortal todos te aclaman.

Los sublimes pensamientos
que de tu historia nos trazan,
el alma hiéren, y van
llenos de amor hacia el alma,
porque en tu historia nos dicen
que sin segundo, Numancia
fué el más fiero, fué el más noble
de los pueblos que batallan
y el más grande, que invencible
en la Historia se proclama.

Roma, la orgullosa Roma
no lo subyugó á sus plantas
y en vez de lograr conquista
su vergüenza halló en Numancia.

Pueblo en fin, cuya memoria
al Orbe respeto causa
porque fué del heroísmo
la más valerosa página;
y si augusto se pronuncia
su nombre, le rienden párias
la virtud esal el civismo
que sin igual fué Numancia.

Una vez más, patria mía
suene el aplauso entusiasta

para los vates innumerables
que enardecidos te cantan.

Más ¡oh! dolor. De tus ruinas
ocultas y solitarias,
poéticas, melancólicas,
llenas de misterio y ansia.....
solo una pobre pirámide
como testigo nos habla.

¿Fué que las viejas edas les
en su fuerza ensimismadas
no repararon en ellas
y si tan sólo en tu fama?...
¿Fué que al fragor del combate
siguió la más triste calma
y el espíritu abatido
al Hado síó tu causa?...
¿Fué...! ¿Pero la edad moderna
se contentó con marcarlas...
esas ruinas, ó ha querido
hacer justa una llamada
al patriotismo y al dolor,
encontrando sólo lágrimas?...

Obscuro velo los vates
corren aquí, y á sus cántigas
algo, atrevida mi pluma
—pero aunque atrevida, pare—
quiere unir en pobres notas
que tan sólo por la patria
nacidas le son, y llenas
de amor, su nombre le arranca.

Soria, la olvidada Soria
heredera de Numancia,
tiene en su aislamiento, luchas
y en sus luchas tiene calma
si la injusticia del mundo
en su regazo le daña.

Sufrida, noble, benéfica
viril también y callada
al concierto de los pueblos
contribuye por España
y espera el día sereno
de reparación asiada
que ya ganado se tiene
con sus luchas y su calma.

Pues bien, á su suelo triste,
al suelo do fué Numancia,
un Monumento grandioso
cumple erigir, y es llegada
la hora de realizarlo
para orgullo de la patria
y admiración de Naciones
á nuestras glorias no extrañas.

Allí está bien fehaciente
nuestra valiosa prosapia
—que alega el justo derecho
si nó la razón sobrada—
de esas ruinas.... *numanciales*
que tan elocuentes hablan
para que no se les niegue
lo que es suyo y ya reclaman.

¡Un monumento que sea
digno de esas ruinas santas!
¡Un monumento que diga
que ahí fué la hermosa batalla
de la idea y el honor
contra el poder y la rabia!

¡Un monumento grandioso
que hente á Soria, que es Numancia,
donde á sentir y á querer
extraños y propios vayan!

Si el desdén no oye los ecos
que tu voz *arrriba* lanza,
si el poderoso su mano
generosa no te alarga,
si en el vacío se pierden
tu anhelo y tus esperanzas...
¡Pueblo!..... tú que desde *abajo*
no ódias al que mal te trata,
ni airado ni sometido
consentirás que NUMANCIA
sin Monumento se quede,

(1) Nombre con el cual conocen los de Covaleda los frutos de la aromática fresa silvestre.

que el corazón como el alma
te dictan cuanto has de hacer
por la joya de la casa.

Una vez más, patria mía, etc.

PASCUAL P. RIOJA.

DOS GLORIAS DE CASA.

EN EL número anterior del RECUERDO DE SORIA, un distinguido escritor, el Sr. D. Joaquín Arjona, se ocupaba, en un artículo, de dos ilustres y malogrados hijos de Soria; de Lorenzo Ramos y de Cipriano Pérez Rioja.

Más afortunado, yo, que mi querido amigo el Sr. Arjona, voy á tratar de presentaros, desde las columnas de esta publicación, á otros dos distinguidos sorianos que, en la edad en que el hombre comienza á vivir, han proporcionado ya días gloriosos á su patria, días gloriosos que esperamos ver aumentados, dadas las relevantes dotes que á ambos jóvenes adornan.

Los dos de humilde cuna; los dos sin grandes protecciones que les tendieran la mano, han sabido conquistarse un puesto envidiable en el mundo artístico, con las brillantes concepciones que de su pluma brotan, el uno, con la realidad y el sentimiento de lo bello que encierran sus cuadros, el otro.

Estas dos glorias sorianas son, Fr. Conrado Muñíos Saenz y Maximino Peña y Muñoz.

La biografía de ambos, trazada á grandes rasgos, ha de ser el objeto de este artículo.

Fr. Conrado Muñíos y Saenz, nació en Almarza, pueblo de esta provincia, y desde su infancia mostró sus brillantes disposiciones para la poesía; pues cuentan que á los seis años ya era autor de alguna composición poética, que aunque incorrecta, como de un niño, siempre era una prueba de sus inclinaciones.

Dedicado á la carrera eclesiástica tomó el hábito de Agustino en el colegio de Valladolid, é indudablemente es hoy el más distinguido escritor que esta orden religiosa cuenta en España.

Escritor fecundísimo, lo mismo se distingue en la prosa que en el verso, y de igual criterio han sido los jurados de los certámenes literarios, á los que Muñíos ha concurrido, puesto que lo mismo le han premiado su hermosa oda á la Fé, que su colección de cuentos «Horas de vacaciones».

Como poeta es florido y elegante, contrastando lo hermoso de la forma con lo grande del fondo de sus composiciones. Entre éstas se cuentan, además de la ya citada, «Cervantes en Argel,» también premiada, así como una oda á la guerra de la independencia; «A mi patria,» precioso romance que vio la luz en este periódico; «A las ruinas de Numancia,» que obtuvo la rosa de plata en Burgos, y aquella cuyo recuerdo aun está fresco en mi memoria, el magnífico fragmento del poema «Aurelio».

Como prosista escribe, según frases del P. Moral biógrafo de Muñíos, con corrección y pureza, pudiendo decir sin temor de ser desmentido, que es uno de los mejores hablistas de nuestros tiempos.

Su obra maestra en este género son «Las horas de vacaciones,» que no parecen escritas en la soledad de la celda, sino entre los alegres gritos de los muchachos acompañados por el volteo de las campanas de la iglesia de aldea, en cuya torre alisa sus plumas la cigüeña, mirando con estúpida indiferencia los corros de mujeres á las puertas de las casas.

En suma, Conrado Muñíos, está llamado á dejar un nombre ilustre en la hispana literatura y á dar á Soria toda la gloria que reflejan los talentos de uno de sus hijos más esclarecidos.

Nació Maximino Peña en la región poética y agreste de nuestra provincia, de donde parte el eterno murmurador que desde Urbión se extiende hasta Lisboa. Dedicado por su familia al comercio abandonó, niño aún, su patria para trasladarse al suelo americano, refugio de las ambiciones de nuestros aldeanos; pero bien pronto comprendió que no era su inteligencia de las que fácilmente se encierran en los estrechos encajados del Mayor y del Diario; así se lo hizo ver también á su familia, y de regreso á España, ingresó en la Escuela nacional de Bellas artes, de la que fué aventajadísimo alumno; entonces fué cuando lo dió á conocer, desde las columnas del periódico *El Avisador Numantino*, un escritor soriano, muy allegado al que escribe estas líneas, el autor del *Romancero de Numancia*. Pensionado más tarde, Peña, por la Diputación de Soria, estudió el arte en Roma, y á su regreso ya venía precedido de la fama que vino á justificar su hermoso cuadro «*Dolce far niente*» que regaló á la Corporación que le pensionaba. Antes que éste ya había remitido otros lienzos desde la capital del mundo católico y del mundo artístico, y el primero de ellos «Una Vestal alimentando el fuego sagrado,» fué copiado en hermosa lámina por *La Ilustración Española y Americana*.

Conozco, además, como obras de Peña, algun retrato, varios bocetos y apuntes de nuestra provincia, sus hermosos cuadros «Una Magdalena» «Un bibliófilo» de admirable realismo, y el último «Sor María de Agreda,» tan agradable en sí, como ingrato en sus resultados.

Premiado en varios certámenes artísticos, alcanzó el tercer premio en la exposición de Madrid de 1887 por su magnífico cuadro «La carta del hijo ausente» que hoy copia *El Recuerdo* en una de sus láminas.

En suma, Maximino Peña, joven de imaginación poderosa y de clarísimo talento, amante del estudio y excesivamente modesto, con la reputación que tiene alcanzada á sus pocos años y su laboriosidad, está llamado á figurar en primera línea entre los pintores españoles y á demostrar que si Goya era oriundo del linaje de los Morales, no ha desmerecido la raza de los pintores sorianos.

Ha terminado mi tarea; no sé como la habré cumplido pero, ya que no de otra cosa, sirva este mal trazado artículo como un saludo de la juventud oscura á la juventud brillante, de la que tanto tenemos derecho á esperar.

Y Soria, la triste, la pobre, la olvidada Soria, podrá un día colocar al lado de los olvidos y de la miseria que la agobian, los lauros que para ella están conquistando Conrado Muñíos y Maximino Peña, aun á trueque de esclamar luego con Narciso Serra.

Y el mundo necio ignoró
Que Cervantes no cenó
Cuando terminó el Quijote.

MARIANO GRANADOS.

Á MI MADRE.

No me llames, ¡madre mía!
que estoy en Soria, y me llama
otro amor que no es el tuyo,
ni es el amor á mi patria.

No me llames, que con sangre
he visto escrita una página
donde con hondos buriles
grande y valiente se aclama
á este pedazo de tierra
que me detiene en sus vallas.
No me llames, porque quiero
verla, mil veces, sitiada
por hordas donde se cuenta
la chusma cruel y bárbara,
y quiero verla venciendo
de alfange, ariete y espada.
Déjame, madre, en el pueblo
que el caudal del Duero baña,
aquí, do el pecho respira,
donde el corazón se ensancha
aspirando de las flores
aromas que lleva el aura.
Deja que mi lira cante
de esta ciudad solitaria,
á los revueltos cruceros
de sus calles y sus plazas,
á sus oscuros portales,
á sus antiguas murallas
que hacen forjarse quimeras
de conjuros y fantasmas,
que cual ideas confusas
con vertiginosa marcha
y en revuelto torbellino
fugaces la mente asaltan.
Déjame, si, porque aún siento
intenso calor de llamas,
y en densas columnas de humo
veo espíritus que se alzan
hasta llegar á los cielos
donde retumba su fama.

.....
Mas ¿qué dices, madre mía?
¿que no te quiero? ¿que vaya?
¿que estás triste? ¿que te mueres?
¡Cruel mi pecho desgarrado
esta lucha que sostienen
un amor y una venganza!
¡corro á socorrerte, madre!
mas voy como la hojarasca
que lleva furioso el viento;
va la materia, no el alma;
¿que dónde me la he dejado?.....
pues la tiene una muchacha
que vive al pié de la sierra
de las ruinas de Numancia.

JESUS MORENCOS.

LA LEÑADORA DE QUINTANA REDONDA.

ERA UN DÍA frigidísimo del pasado invierno aquel en que conocí á la heroína de esta historieta. El aspecto de Soria, en aquel día, era semejante al de un cementerio cubierto de nieve, y no se oía en toda ella más ruido que el del viento que silbaba con fuerza, azotando las alturas del Miron, del Castillo y del palacio de Gómara. Las heladas nos habían interceptado con el resto del mundo, y yo me hallaba bajo la presión de la atmósfera y del terror á las tinieblas.

—Fuerza es confesar—me decía— que es bien miserable este pequeño planeta, á que vivimos pegados como los parásitos á un animal inmundo. Este monstruo vomita contra nosotros en los volcanes fuego y peñas, brama con la tempestad, ruga con el huracán, se estremece con terremotos, y nos

condena á luchar eternamente con él, lanzando contra nosotros rayos y pestilencias, cuando nos ha dejado algunos días de respiro y calma durante la primavera. ¿Que extraño es que el hombre al verse rodeado de tantas miserias, crea en un destino mejor y suspire por una bienaventuranza incierta!

Seguía cayendo nieve en abundancia. Mi fantasía, atormentada por el medio ambiente, voló á las regiones donde todo es luz, y allí donde el calor hace surgir del suelo las espléndidas vegas, los verdes viñedos, los pintorescos naranjos y las gallardas palmeras; allí donde en pleno invierno sale al campo, confiado y alegremente, el labrador, y las zagalas van á la fuente, llevando debajo del desnudo brazo su gracioso cántaro, con sus abundosos cabellos y bien torneada pierna al aire, cantando sus amores al compás de las palpitaciones de su tierno corazón.

De pronto llegó á mis oídos una voz angustiada que gritaba en la calle:

—¿Compran leña de pino?—

Me asomé al balcón, y vi que una jovencueta envuelta en un sayal azul y calzada con abarcas caminaba, penosamente, tras una flaca acémila, que se encorbaba bajo el peso de la carga.

Hice subir á la muchacha, la compré la leña, la obligué á que se sentara al fuego de mi brasero, y mientras pagaba la mercancía pude hacer comprender á mi hija; con mis miradas, que sería una buena obra de caridad ofrecer á aquella desventurada, que tiritaba de frío, alguna cosa que diese calor á su estómago y color á sus pálidas mejillas.

Entre admirada y medrosa, la leñadora aceptó los obsequios de mi hija, y pude, mientras se establecía entre ellas una corriente de simpatía, admirar á mis anchas aquella belleza tostada por el sol, curtida por el aire, enflaquecida por el trabajo; pero que conservaba fuego en sus hermosos ojos negros, gallardía en su talle, carmin en sus labios, lustre en sus cabellos y cierta expresión en todo su ser de esa deliciosa coquetería propia de la mujer acostumbrada á oír á su paso frases de admiración acompañadas de miradas codiciosas.

—¿Cómo te llamas? —la pregunté.

—María.

—¿De dónde eres?

—De Quintana Redonda.

—¿Cómo te has atrevido en un día tan cruel á venir desde tan lejos con tu leña á Soria?

—Porque, señor, también se come en los días crueles.

Su lenguaje y su discreción me sedujeron.

—¿Es que no tienes padres? —volví á preguntar.

—No, señor.

—¿Has sido tú, por ventura, quien ántes de venir á Soria, ha ido al monte á cortar la leña?

—Esa es la verdad, —exclamó con cierto orgullo.

Cruzó entonces por mi cerebro un relámpago de la tempestad que rebramaba dentro de mi pecho. Y era que al oír á aquella débil criatura, enpezaba á sofocarme la indignación contra un orden social en que pasan desapercibidos seres tan desventurados como María, mientras millares de fastuosidades inútiles consumen tesoros incalculables.

—¿Cómo ha podido ser, María, que te veas tan sola en el mundo? —la dije con verdadera emoción.

—¡Ah señor! —exclamó con una naturalidad y una corrección extrañas en una leñadora. — A mi padre, que era sargento del ejército, lo machetearon los negros de la Isla de Cuba en 1873, cuando yo tenía cuatro años; y mi único hermano, mayor que yo, se ha visto obligado, hace poco, á emigrar á Buenos Aires, en busca de mejor fortuna; pues en el pueblo en que era maestro de escuela, le persiguían de muerte, sitiándolo por hambre, porque decían, el alcalde, el cura y otras gentes, que era

libre pensador, mason, medio diablo y no se cuantas cosas más.

—Pero ¿y tu madre?

—¡Mi madre! Mi madre, señor, obligada por la necesidad, se dedicó durante el cólera de 1855 á cuidar enfermos en Epila de Aragón, y allí murió.

—¿Pero tu padre dejaría al morir alcances?

—Sí, señor, quinientos treinta pesos que figuraban en un papel, y que vendimos por sesenta duros á un agente, puesto que el Gobierno no nos pagaba y nos moríamos de hambre. Con esos sesenta duros se compraron la burra que hoy tengo y un campo junto á la casa en que nací, y en el que cultivo, yo misma, las patatas y berzas para mi sustento.

Me quedé contemplando con profunda atención aquel ser prodigioso. Hija de un héroe sacrificado en el altar de la patria y hermana de uno de esos parias de todos los tiempos, que se llaman maestros de escuela, ni siquiera protestaba contra las injurias de la suerte. Esto es realmente muy común. Todos los días ruedan por la vía pública criaturas humanas olvidadas por las leyes, pues que las leyes solo se hacen, en general, para proteger al rico, al feliz y al privilegiado, y ya que no las escarnezamos, las vemos pasar por nuestro lado con la misma indiferencia que si fueran alimañas, seres de una raza inferior á la de los animales domésticos, á quienes muchas veces preferimos dedicar los restos de nuestro diario festín. Y es, que en este punto nos hallamos en una época de transición. Hemos perdido los hábitos de la caridad cristiana y no hemos encontrado en el campo de las especulaciones político-económicas los medios de sustituirle. La filantropía vocifera mucho en los libros y en las academias; pero el rico guarda su bolsa y se encastilla en su egoísmo como se encastillaban los señores feudales en sus inaccesibles torreones de piedra. Por eso, creo yo, que cuando entre las gentes de los campos cundan las ideas de los grandes pensadores de nuestro siglo, habrá terminado la era de las revoluciones políticas y se inaugurará otra mucho más tremenda y formidable, la de las revoluciones sociales.

—¿No tienes novio? —la pregunté.

La pobre muchacha dió muestra de sorprenderse mucho de la pregunta, me miró con cierta nerviosa inquietud y guardó silencio. Fuése, sin embargo, poco á poco doblegando bajo el magnetismo de mi mirada y acabó por prorrumir en llanto y por confesar que era madre de un niño.

—Comprendo que te cueste hondos quejidos una confesión semejante —la dije— pero no te asombre si te aseguro que la condición de madre te hace más interesante á mis ojos, y que á los de Dios es más grande que los santos y los mártires, que los sabios y los héroes, la mujer seducida y abandonada que sobrelleva con resignación las molestias de la maternidad, afrontando con energía las miradas burlescas y las frases equivocadas de los que la ultrajan. No necesito conocer la historia de tus amores. La seducción es la tarea diaria de los viejos licenciosos y de los jóvenes libertinos, dos clases de malvados á quienes la ley debía perseguir de una manera implacable. Aunque pareces muy discreta, y la educación que has debido recibir ha sido muy superior á la de una leñadora de Quintana Redonda, Las Cuevas ó Tardelcuende, tú no entenderás, creo yo, más que una cosa, á saber: que has sido vilmente engañada y que tienes un hijo á quien criar y educar. Pues bien, haz un gran esfuerzo para criarlo robusto y para educarlo lo mejor que te sea dado. Por de pronto, el amor maternal llenará todo tu corazón y ya tiene un objeto tu vida. ¿Quién sabe si ese hijo será, con el tiempo, un hombre ilustre que dé esplendor á la ciencia y

honor á la patria! En cuanto al seductor, olvidalo y abandónalo á los remordimientos de su conciencia, si es que tiene conciencia.

—¡Ah! —exclamó la leñadora, levantándose, para regresar á Quintana Redonda. — He sufrido mucho, y aún me resta que sufrir más; pero no desampararé á mi hijo. Cuando, para ir al monte ó venir á Soria, lo dejo confiado á los cuidados de una pobre anciana vecina mía, que me hace esa obra de caridad, el inocente me sonrío y eleva hácia mi sus manos, como recomendándome que vuelva pronto. Voy por la calle pregonando la leña, y solo pienso en él. Cuando en el monte me sorprenden la lluvia y la nieve, y el viento azota mi rostro, desafío al cielo por que el recuerdo de mi hijo me dá coraje y ardimiento. Sueño con él aún cuando lo tenga entre mis brazos dándole la leche de mis pechos y el calor de mi regazo. Si alguien intentara disputármelo, lo defendería como una leona fustigada; y, créame V., me paso las horas muertas contemplándolo embelesada como si fuera un rico tesoro.

Hice entregar á la leñadora los restos de las envolturas de mi último hijo, que aun rodaban en el fondo de los baules de mi casa, y la despedí, bendiciéndola mentalmente.

Cuando me quedé sólo, descendí á lo más profundo de mi conciencia, y sentí una verdadera aflicción; algo semejante á aquella angustia con que Jesús se despedía del mundo en el huerto de Getsemani y se preparaba á aquel martirio sublime que reverencian, prosternados, los siglos y las generaciones. Después me pregunté si la leñadora de Quintana Redonda no daba testimonio, con sus infortunios, de que las miserias humanas no han hecho más que variar de nombre en cada siglo; de si son sinónimas las palabras de esclavo, siervo y proletario, y si no es llegada la hora de dar un corte á los senderos del positivismo, por donde caminan las sociedades modernas y los gobiernos de los pueblos. El sentimiento religioso, el sentido moral, el honor caballeresco y la conciencia escrupulosa, van cediendo por todas partes, muy especialmente en los grandes centros de población, á un egoísmo refinado y destructor. El influjo de esas corrientes se refleja en todo, en las costumbres públicas y privadas, en el lenguaje cínico de las gentes, en la ausencia de todo ideal, en la ambición del poderoso y en la menguada abyección del miserable.

¿Será que impresionado por la originalísima personalidad de la leñadora, viera yo entonces las cosas bajo el engañoso prisma de un exagerado pesimismo? Acaso. De todas suertes creo en el porvenir de la humanidad, porque creo en la luz que emana de Dios y que brota de la ciencia. La difusión, á torrentes, de la luz lo purificará todo, cambiando quizá las formas externas de la religión y de la política, pero restaurando lo que palpita en el fondo de la conciencia del hombre, algo que nos hace pensar con rectitud y sentir generosamente, corriente eléctrica inagotable; que conmueve nuestras entrañas y nos empuja hácia el bien y hácia la verdad. Por eso creo yo que aquellos que tienen el don de obligar á los demás á que les escuchen, deben pedir, incesantemente como pedía al morir el gran poeta Goethe: ¡Luz, luz, mucha luz!

JOAQUÍN JUSTE Y GARCÍA.

ENTRE SANTEROS.

(DE JUAN Á PEDRO.)

Recibida tu primera tanto tiempo suspirada, y tan magna es tu chochera que ni aún te dignas siquiera ofrecermela tu morada.

de Santa Isabel y fundado por la Sra. Doña Isabel de Rebollo, cuyo asilo de curación tiene hoy carácter provincial; corriendo, por tanto, su administración a cargo de la Excm. Diputación, que indemniza a la municipalidad, por los productos de ambos establecimientos, con la suma de dos mil pesetas anuales.

El cura párroco de El Salvador, encargado de la dirección del que nos ocupa, es el único que atiende a sus necesidades permanentes, con el escaso producto del arriendo de algunos locales de la propia casa que apenas bastan para cubrir los gastos de conservación del edificio, entretenimiento de útiles, ropas, etc.

El M. I. Ayuntamiento de la ciudad, que es el primer llamado a subvenir con su directo concurso al mantenimiento de aquella, puesto que hasta los mendigos de la localidad disfrutan de sus beneficios, se limita, según tenemos entendido, a facilitar algunos combustibles para la calefacción en la temporada invernal.

Por consecuencia del aislamiento en que se deja a nuestra Hospital de peregrinos, se encuentra su objetivo desatendido, y sus locales y dependencias en estado deplorable, careciendo de todo alumbrado y hasta de los servicios más indispensables.

No hemos podido prescindir de descender a estos desagradables pormenores, tanto por rendir culto a la verdad de los hechos como por llamar la atención de las corporaciones interesadas en su sostenimiento, así como igualmente de las personas caritativas que pudieran remediar, en parte, sus necesidades.

Si todos, sin excepción, tenemos presentes las saludables enseñanzas de las *Obras de misericordia*, nos hallamos en el caso de exclamar: ya que no demos «de comer al hambriento» demos al menos «posada al peregrino.»

Y por último, pondremos fin a este pequeño trabajo con la elocuente máxima del sagrado y caritativo texto que se ostenta inscrita en el frente interior del edificio:

Hospes erat et collegistis me. (1)

FRANCISCO P. RIVERA.

RECUERDOS.

Te vuelvo a ver, hermoso vallejo
Cuyo grato recuerdo
Lejos de ti contemplo con encanto
En horas de nostálgicos ensueños.

El de las altas escarpadas cumbres
De bloques gigantescos,
El de las negras encantadas grutas,
El de los dulces misteriosos ecos.

El de las pintorescas alamedas
Y los prados amenos
Que domina la ermita solitaria,
Bendito imán del numantino pueblo.

Conjunto de embelesos y terrores,
De gracias y misterios,
Lleno de esa grandiosa poesía
Mezcla de lo terrible y lo risueño...

Quiero soñar: olvidaré lo poco
Que de erudito tengo,
Y como ayer te contemplaba niño,
Igual, hoy hombre, contemplarte quiero.

No hay aquí, para mí, capas geológicas,
Fósiles ni terrenos:
No hay más que cielo, prados y montañas,
Poesía no más, no más recuerdos.

Hélos allí los derrumbados muros
Del viejo monasterio
Do su fascinador *Rayo de luna*
Soñó de Bécquer el sublime ingenio.

Allá levanta el *Monte de las Animas*
Su fondo negro, negro,
A donde van la noche de difuntos
A luchar los templarios caballeros.

En frente están las ruinas del castillo,
Cuyos informes restos
Al resplandor incierto de la luna
A semejanza fantásticos espectros.

Y más allá la cueva de Zampoña
Con su horrible letrero,
Do en la alta noche resonar se escuchan
Crujidos de cadenas y lamentos!..

Pero si son tan tristes esas cumbres,
¡Qué hermoso y qué risueño
El lindo vallejo de San Polo
Que manso riéga el cristalino Duero!

De blando césped y pintadas flores
Entapizado el suelo,
De donde alzan copudas cabelleras
Los chopos y los álamos esbeltos:

Mares de luz, murmullos de las aguas
Y zumbidos de insectos,
Silvar de frondas y cantar de turis
Y aromas de tomillo y de cantueso.

Aquí en sencillas populares bañas,
Con trajes pintorescos,
La lullicio a juventud se agita
Al compás de guitarras y panderos.

Y la graciosa virgen numantina
De ardientes ojos negros,
Un *¡viva el Santo!* jubilosa lanza,
Que repiten mil labios y mil ecos.

Voltean en la ermita las campanas,
Se agitan los pañuelos;
Y resuenan aplausos y clamores,
Y vuelan por el aire los sombreros...

¡Hermoso vallejo de San Polo,
Cuántos, cuántos recuerdos
Encierras tú de los risueños días
De mi niñez, que rápidos hubieron!

Salté mil veces tus ágrestes riscós
Con dulces compañeros
En busca de rayadas pedrezuelas
Que creíamos santos amuletos:

Del Espíritu Santo las señales
veíamos en ellos:
¡Desde que sé que *fósiles* los llaman
Los hombres de saber, ya no las veo!

¡Siempre la seca realidad matando
Todo lo grande y bello!
¡Siempre ahogando el saber la poesía
En un diluvio de latín y griego!...

Pero voy olvidando que soy niño:
A mis sueños me vuelvo:
Será la ciencia la verdad del mundo:
¡La poesía es la verdad del cielo!...

Sobre el ágrío peñón de la montaña
Erguirse airosa veo
La solitaria ermita en que se encierra
El más encantador de mis recuerdos;

La solitaria ermita suspendida
Entre la tierra y cielo,
Entre las cumbres que las nubes tocan
Y los abismos que bordea el Duero;

La solitaria ermita donde todos,
Los numantinos pechos,
Van a dejar sus penas y sus lágrimas
Y a recoger sonrisas y consuelos.

¡Perla del vallejo de San Polo,
Cuyo gracioso templo,
Cuya severa y misteriosa gruta
Del gran Saturio las virtudes vieron!

Aquí, dictada por mi dulce madre
Entre amorosos besos,
Pura, como la voz de la inocencia,
Mi primera oración subió a los cielos.

¡Jamás, santo Patrón, de mi memoria
Se borre su recuerdo:
Haz que tan pura como aquella sea
La que diga al lanzar mi último aliento!

FR. COXIANO MÉRIS SARR,
Agustino

SORIA EN AMÉRICA.

NO VAMOS a parodiar la célebre obra de Laboulaye que lleva un título análogo al que encabeza estas líneas; no vamos a fundar, dando rienda suelta a la imaginación, una ciudad ideal, afrente de la tierra soriana: redúcese nuestro propósito a más modestas pretensiones. A escribir cuatro palabras encareciendo la importancia, cada día más creciente, de la inmigración soriana en el Nuevo Mundo y singularmente en las repúblicas Sudamericanas.

Reviste la emigración soriana carácter completamente diverso del que tiene en la mayor parte de las comarcas de España. Los emigrantes de Galicia, de Asturias, de las provincias vascas y de otras regiones de la península, van a América a la ventura y ordinariamente seducidos por las promesas, no siempre cumplidas, de grandes empresas que se dedican a favorecer la emigración con fines utilitarios: van generalmente en grupos numerosos compuestos, en su mayor parte, de hacendados y trabajadores del campo. La emigración soriana, por el contrario, es aislada, paulatina y compuesta, en su gran mayoría, por jóvenes dedicados al comercio, llamados, generalmente, por deudos o amigos que se encargan de dar colocación apropiada a los jóvenes emigrantes, a su llegada.

Esta diversidad, ó mejor dicho, esta oposición de caracteres, hace que deban considerarse bajo muy diferente aspecto una y otra emigración. Se comprende, por tanto, que obrando previsivamente los gobiernos, hayan tratado de poner trabas a la primera, porque reviste cierto aspecto de explotación depresiva para la dignidad humana, y por que, las más de las veces, resulta perjudicial para los mismos que la intentan.

No sucede lo propio con la segunda: los sorianos que emigran a América van, según hemos dicho antes, en condiciones bien diferentes, toda vez que, la mayor parte no atraviesan el Atlántico a la ventura y en busca de lo desconocido, sino con la seguridad, ó al menos con grandes probabilidades, de obtener decorosa y útil colocación, a su arribo.

Y no puede ser de otra manera. Existen, al presente, en la mayor parte de los estados de América, numerosos sorianos entusiastas de su país que, en fuerza de laboriosidad, de honradez y de constancia, —cualidades distintivas de los hijos de este país,— han logrado ahorrar una buena fortuna, de la que procuran hacer partícipes a sus deudos y allegados, ya mandándoles cuantiosos recursos, ya llevándolos a compartir con ellos el trabajo y los beneficios.

Buena prueba de lo que venimos diciendo nos la dan los siguientes datos.

Aparte de otros muchos, de que no hemos podido procurarnos noticia, existen al presente, en sólo la república Argentina, los siguientes sorianos dedicados al comercio.

Los Sres. Quemada, Rodríguez y compañía, importante casa establecida en Buenos Aires y dedicada al comercio, al pormayor, de paños y géneros de sastrería.

Tienen también establecimientos de impartancia en la misma capital, y de la propia índole que el anterior, los Sres. Castellano, Berdoy y compañía, Prudencio Laseca y compañía, Muñoz García y compañía, Juan Yanguas y compañía, y Policarpo Molinero.

En artículos de fantasía y telas para señoras, figuran en primer término los Sres. Pascual y Crespo, García Lapuente y compañía, —una de las casas más importantes de Buenos Aires,— La Hoz hermanos, Tomás García, y Parra y Llorente.

(1) Math. cap. 25 vers. 33.

En artículos de confección para niños, figura, en primer término, la razón social Castillo y compañía, así como en camisería la de D. Cosme Martínez y compañía.

En las poblaciones importantes figuran, además, los siguientes sorianos con establecimientos de nota.

D. Nicolás Cableville y compañía, establecido en Chivilcoy, con almacén de comestibles, ferretería y otros géneros.

Los Sres. Martínez Relondo y García, que se dedican, en Mercedes, al comercio de telas y novedades, tienen lo además sucursales en Tusuán y Tucumán.

En Tucumán se halla también establecido don Desiderio Aguayo, persona muy conocida y apreciada en esta capital: á la vez que se dedica al comercio de telas y novedades, desempeña el Viceconsulado de España en aquella plaza, habiendo prestado importantes servicios á la emigración española que le ha tributado, por ello, grandes muestras de consideración y aprecio.

En Salta figuran con importantes establecimientos de tejidos los Sres. García y Martín, y Aceña y compañía, teniendo además, estos últimos, sucursal en Tucumán.

En Córdoba tienen café y confitería, de primer orden, los Sres. García hermanos, y un importante establecimiento de tejidos D. Francisco Rioja.

Por último, y para no hacer esta relación interminable, en diferentes puntos de la República y con establecimientos, en su mayoría de importancia, figuran los Sres. Muñoz y Escuti, Eusebio Pascual, Díaz y compañía, de Pablo hermanos, Juan Echevarría, Llorente y compañía, Frutos Benito y compañía, Jorge de Nicolás, Zacarías Torroba (con almacén de maderas), Tomás Hernando, Benito Muñoz, Gorgonio de Miguel, Justo Rodrigo, Felipe Martín, José Martínez, Antonio García, Hortal, Torroba y compañía, Esteban Herrero, Félix Castillo y otros de que no tenemos noticia.

Como propietarios de fincas figuran, en primer término, D. Basilio Rodrigo (una de las mayores fortunas que se han hecho en América por hijos de esta tierra), los Sres. Rubio y Benito y D. Angel Escribano.

Pero no es solo en el comercio de telas donde han logrado hacer fortuna los emigrantes sorianos, sino que hoy figuran como ganaderos importantes los Sres. Hortal, Torroba y compañía, antes mencionados; D. Anastasio Romero, D. Saturnino Latorre, D. Eustasio Delgado, D. Angel Martínez, Don Mauricio Llorente, D. C. de Andrés, D. Andrés de Andrés y otros.

A los enumerados hay que agregar otros muchos establecidos en diferentes puntos, al pormayor ó al detalle, ó bien dedicados á la ganadería en sociedad con hijos del país ó con extranjeros.

Y cuenta que no mencionamos á otros, como los Sres. Torroba, Muñoz, Carretero, García, Benito y muchos más de que no tenemos noticia, que viven en España después de haber satisfecho el límite de sus aspiraciones. Ni mentamos tampoco, por falta de datos, la colonia mejicana, acaso más numerosa y más rica que la de la república Argentina, figurando entre ella, en lugar preferente, la familia de los Sres Aragón, tan conocidos y apreciados en el pueblo de Vinuesa.

Con tales elementos, pues, no es maravilla que los emigrantes sorianos se alejen de la madre patria en mejores condiciones que los de otras comarcas, y en tal sentido, lejos de considerar perjudiciales los efectos de la emigración, los estimamos ventajosos, siempre que se realice en circunstancias favorables, con base sólida y sin someterse á la tutela de compañías ó sociedades que prometen mucho y cumplen poco.

Uno de los grandes recursos con que puede contar esta provincia, para salir de su precaria situación actual, es el apoyo, la ayuda de aquellos hijos del país que, en fuerza de laboriosidad y de constancia, han realizado pingües fortunas en lejanas tierras. Que no son hijos ingratos y olvidados, lo prueba un dato elocuente que revela hasta que punto llevan el amor á la familia y á la tierra natal los emigrantes sorianos. Ascienden á más de cincuenta mil duros las cantidades que, por diferentes casas de Banca, se pagan anualmente á los naturales de la provincia como importe de las letras que les envían sus deudos establecidos en los diferentes puntos de América.

Mas estos recursos, con ser tan cuantiosos, y

con ayudar de una manera poderosa á que la situación de la provincia sea menos aflictiva, no bastan á conjurar el mal en toda su extensión.

De esperar es que comprendiendo así los distinguidos sorianos establecidos en América, é inspirados en el puro amor á la patria, se decidan á emplear parte de su fortuna, de su actividad é inteligencia, en bien de sus conterráneos, que harto necesitados se hallan de protección y de ayuda.

JOAQUIN ARJONA.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

BERLANGA DE DUERO.

Al Occidente de espacioso llano, que adornan do: quirualdas de colinas, un castillo feudal, que diestra mano construyera, elevase entre ruinas; pero por más que el soplo del verano sus altos muros coronó de espinas, doquier, anchos escudos, venerables, hablan de los antiguos con festales.

Donde termina el quebranta lo muro y á la izquierda de un río transparente que al dilatado mar voga inseguro, alza una villa su alaiá la frente. Grave es su aspecto, su color oscuro, su abolengo preclaro y eminente. Valeránica fué... y por su gloria un puesto ocupó en la Soriana historia.

Cerca de la descrita fortaleza un recinto murado y silencioso guarda reliquias de mayor grandeza; —el palacio ducal, caos ruinoso.— Aprisionados por feaz maleza, hallan sus restos lúgubro reposo, en tanto que la escarcha con su aliento los pulveriza y los entrega al viento.

Entre aquellas paredes, una dama de la casa de Francia, estuvo un día; allí encontraron refeción y cama los hijos del vencido de Pavía, como el barón de inmarcesible fama á par que Santo Duque de Gandía, el cual no hallando propio del cicio el palacio Ducal, huyó al hospicio.

Pero la obra que mejor revela de Tobár y Velasco el poderío es la Iglesia, que labra y que cincela el gran Rasines: su mirar sombrío hasta las nubes generoso vuela y entre ellas armoniza el atavío de la soberbia Colegiata, objeto para el sibio de asombro y de respeto.

¡ Hermoso templo...! silencioso, grave... Admirables columnas en la altura sostienen, cual palmeras, la ancha nave. Es fina y elegante su estructura, vaga la luz, el linamiento suave... Todo en ella dispone á la ternura. Pero la soledad en que está ahora su construcción magnífica desdora.

De sus capillas, en el fondo oscuro se admiran tumbas, mármoles yacentes que dan realce al silencioso muro á par que ofrecen pruebas elocuentes de cuánto el poderío es inseguro, vana ilusión los timbres empuentes. ¿Qué queda ya de lo que fué tan bello? ¡mármol no más... ¡un pájilo destello!!

Allí los Condestables de Castilla, bajo dosel y sobre rica alfombra, alarde haciendo de su fé sencilla en el oro esculpido ó en la sombra doblan la frente, á par que la rodilla, y al Dios Excelso con fervor que asombra rinden la espada que causara espanto en Flandes, en Granada y en Lepanto.

¡Paeda algun día la sonora fama remover sus cenizas, á despecho de quien sus grandes obras no proclama, y recordarle altiva cuanto han hecho por avivar su generosa llama, por defender su amenazado techo? ¡Ciegos de los que olvidan tanta gloria nacen sin brillo, mueren sin historia!

EMILIO MOZE DE ROSALES.

DESCRIPCIÓN DE LAS LÁMINAS.

¡ SI GRATA fué mi sorpresa al recibir la noticia de que se preparaba la publicación de este número del RECUERDO DE SORIA, después de un retrainimiento de tres años que autorizaba á suponer la supresión

definitiva de esta anual manifestación de la cultura Soriana, no fué menos agradable la que experimenté á la vista de los dibujos originales de las láminas que habian de acompañar á su texto. El progreso es evidente. El renacimiento del Recuerdo ha sido vigoroso y debe animar á los que en él han colaborado, para continuar cultivando periódicamente y con amor este campo neutral, cuyos seguros frutos serán siempre la general ilustración, el reciproco conocimiento de las aptitudes individuales y el desarrollo del espíritu de asociación, tan necesario á los pueblos para obtener la victoria en la continua lucha contra las dificultades que se oponen al logro de sus legítimas aspiraciones.

Soriano me consideré durante largo período de mi juventud, y una ausencia de cinco años, sobrada para borrar superficiales afectos, no ha podido aflojar los fuertes lazos del cariño que á Soria me unen. Mi reciente estancia en esa ciudad los ha estrechado más aún, y, venciendo la natural inercia para emprender tarea tan ajena á mis habituales trabajos, voy á coadyuvar para esta obra común, dedicando algunos párrafos á las láminas que representan escenas, tipos y lugares por mí tan conocidos y apreciados.

Los dibujos son todos originales de dos distinguidos artistas sorianos bien conocidos de los lectores de los anteriores números del Recuerdo. Don Juan José García, á quien las varias circunstancias que impulsan al individuo en determinada dirección para recorrer el penoso camino de la vida, hicieron un pundoaroso militar, une á su ilustrada inteligencia un temperamento artístico, que le permite cultivar con igual éxito la literatura y las artes del dibujo. Ha sido siempre uno de los más decididos sostenedores del Recuerdo, y su firma no podía faltar en el presente número.

D. Maximino Peña y Muñoz, aquel tímido adolescente que expuso en los números tercero y cuarto del Recuerdo el resultado de sus estudios, en los que revelaba un genio artístico y una facilidad de ejecución notables, es ya un pintor laureado que al obtener un premio en la última Exposición nacional se colocó á la altura en que figuran artistas distinguidos. La protección que le ha concedido la provincia no ha sido infructuosa. Las lecciones de su maestro Plasencia, su estancia en Roma y el desarrollo natural de sus aptitudes, dominadas por una voluntad firme y un entusiasmo ardiente, le han hecho pintor. Es de esperar que quien tanto ha logrado en tan breve plazo ha de conseguir muy pronto mayores lauros.

Representan los dibujos tipos y lugares de la provincia de Soria y todos han sido reproducidos en Madrid por medio de los procedimientos más adecuados al empleado por el dibujante, entre los varios fundados en las aplicaciones artístico-industriales de la fotografía. La estampación ha sido hecha en uno de los mejores establecimientos tipográficos de la Corte. No se ha omitido, pues, sacrificio alguno para que el público pueda apreciar el mérito de los dibujos originales.

Estos son seis de los que me ocuparé separada y sucesivamente siguiendo el orden de su colocación en el pliego de láminas.

LA CARTA DEL HIJO AUSENTE.

Cuadro original de D. Maximino Peña y Muñoz, premiado con 3.ª medalla en la Exposición nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid el año 1887

(Dibujo del mismo autor.)

Para las gentes sencillas, aisladas del mundo en el fondo de una aldea, la recepción de una carta es siempre un acontecimiento que produce viva impresión, mezcla de temor y alegría; pero si la misiva procede del ser querido, emigrado en busca de la fortuna, cuya partida hizo derramar tantas lágrimas y cuyas noticias son esperadas con la ansiedad de los padres, que ora confían en la confirmación de sus halagueñas esperanzas ó ya temen ver realizados sus tristes augurios, entonces la ansiedad y el interés suben de punto agrupando á toda la familia en torno del lector.

Los personajes de la escena representada por Peña revelan, por su actitud tranquila y la expresión de sus fisonomías, que las noticias son buenas. Casi se puede adivinar, conociendo el país y sus costumbres, el contenido de la carta.

El hijo, como tantos otros de sus paisanos de los pueblos de los pinares, partió, aun adolescente,

para la América española á buscar una ocupación útil y de porvenir, que en su pobre país no encuentra. A su llegada al continente americano despues de larga navegación, rica en emociones para el inocente aldeano, halló el apoyo prometido y la colocación deseada como modesto dependiente de una casa de comercio. Hasta ahora el salario es corto, tal vez nulo, y el trabajo rudo y continuo; pero le tratan bien y, si sale airoso de este período de prueba, irá progresando, y muy pronto podrá empezar á enviar dinero á sus padres. Así empezó su principal, que es dueño ya de una fortuna, y él tiene la convicción de que ha de llegar un día en que regresará á su país con el capital suficiente para establecerse bien, y ser el sosten de sus queridos padres y hermanos.

La impresión que cada individuo de la familia experimenta está perfectamente expresada. El padre siente casi tanto placer al enterarse del contenido de la carta como reprimida admiración hacia el precoz lector. Este parece poseído del importante papel que desempeña. La madre y hermanos escuchan embobados y el pequeño se distrae con la indiferencia propia de su edad.

La composición es muy buena y el dibujo firme y correcto. El lugar de la escena y los accesorios muy propios y bien ejecutados.

Si á estas cualidades, que pueden apreciarse en la copia estampada en este número del *Recuerdo*, notable por su corrección, se añade el buen colorido, y el mayor efecto que la magnitud de las figuras, próximamente de tamaño natural, produce á la vista del cuadro, se comprende perfectamente lo justo de la recompensa obtenida por su joven autor.

SORIA MODERNO. — *Entrada á los jardines de la Dehesa. — Jardines de la Dehesa y ermita de la Soledad.*

(Dibujos hechos para el fotograbado por D. Juan J. García.)

La transformación del antiguo campo de Soria durante los años trascurridos desde mediados del siglo actual ha sido completa. La juventud soriana que se solaza en los jardines del Espolón, que pasa hasta el límite del término jurisdiccional de la ciudad por las hermosas alineaciones de la carretera de Valladolid, ó se acoge los días rigurosos, en que soplan el duro regañón ó el helado cierzo, al abrigo del muro protector, que limita el paseo de invierno; y que alguna vez concurre al circo taurino á gozar las emociones de la fiesta nacional, ó las más tranquilas de alguna función acrobática, no puede apreciar, en todo lo que valen, las reformas que debe á los progresos de la civilización. Mucho tiene que agradecer á la generación pasada, que tantos sacrificios realizó para impulsar con criterio reformador las transformaciones urbanas, que habían de acomodar aquellas antiguas y mezquinas aglomeraciones de viviendas á los hábitos expansivos y refinados de la vida moderna.

Largo é impropio de esta breve reseña sería el estudio comparativo entre la Soria antigua y la moderna; y me limitaré á describir ligeramente el aspecto de la dehesa de San Andrés, antes que los desastres de la guerra y las exigencias sociales de la época presente la transformasen convirtiéndola en el ameno lugar de recreo representado por el Sr. García en los dos bellos dibujos que figuran en el pliego de láminas del *Recuerdo*.

A principios del siglo actual estaban en pie, y habitados por sus respectivas comunidades de frailes franciscanos y monjas concepcionistas, los dos conventos cuyas ruinas aun subsisten, en parte. La modesta ermita de la Soledad, posteriormente adicionada con la casa adosada á su fachada posterior, ofrecía á los fieles un lugar más de oración.

Todos estos edificios estaban comprendidos dentro de la frondosa Dehesa de San Andrés, cuyo límite Norte era el campo del Ferial, y sobre cuyo verde césped se solazaron tantas generaciones de sorianos durante las tradicionales fiestas de la Madre de Dios.

La primera modificación que sufrió este ameno lugar fué la tala del arbolado comprendido entre los dos citados conventos. Siendo estos los fuertes avanzados de la ciudad, durante la ocupación francesa en la guerra de la independencia, eran los árboles un obstáculo que fué sacrificado para dejar desembarazada la zona que ocupaban. Al ausentarse definitivamente las tropas francesas volaron é incendiaron el castillo, las murallas y los dos conventos; cuyas ruinas han sido y serán por mucho

tiempo triste recuerdo de aquel desgraciado á la par que glorioso período.

Llegó por fin para Soria la hora de salir de su aislamiento y en el año 1832 vió terminada la carretera general de Madrid á Francia por dicha ciudad y Pamplona, y poco despues la transversal de Valladolid que empalma con aquella á su entrada en la ciudad cerca del extremo más bajo de la dehesa.

La construcción de la carretera de Valladolid exigió el derribo de una tortuosa fila de ruinosos edificios apoyados sobre mezquinos soportales, que fué substituida por la hermosa alineación de casas de la actual calle del Postigo, y regularizó también el perímetro de la dehesa.

Ya esta carretera constituía un hermoso paseo, y muy pronto surgió la idea de la formación de los actuales jardines, cuyo contorno quedó limitado por pretilos en sus dos lados mayores y por la verja y portada que los cierra formando su ingreso por la contigua plaza del Campo, en cuyo centro está la antigua fuente.

La base de los jardines fué la antigua arboleda cuyas líneas fueron regularizadas; y aun se admiran allí muchos de los centenarios oímos testigos de tan variadas escenas. Lentamente se han ido perfeccionando y con las últimas reformas realizadas han llegado á ser un agradable y elegante paseo muy superior á los análogos de poblaciones mucho más importantes.

La primera lámina representa la entrada á los jardines, y el punto de vista está bien elegido. La verja se destaca sobre la arboleda; á la derecha se ven la carretera y el contiguo paseo de invierno abrigado por la tapia que le separa del campo del Ferial; y en el primer término la plaza con su antigua y sencilla fuente.

La segunda es una vista de los jardines tomada desde su límite superior, principio del actual paseo de la dehesa, y mirando hacia la ciudad. A la izquierda está la ermita de la Soledad y á la derecha el tradicional olmo dentro de cuya copa se oculta el tablado, donde con desahogo se instala, con sus atriles y demás accesorios, la música que en determinados días ameniza el periódico desfile de las bellezas sorianas.

Son dos preciosos dibujos ejecutados con la facilidad en el trazo y la buena entonación que distinguen las obras del Sr. García.

TIPOS DE SORIA. — *El carretero de los pinares.*

(Dibujado del natural por D. Maximino Peña.)

Verdaderamente es un tipo soriano aun cuando muy decaído de su antiguo esplendor. No es ya sombra de lo que fué. Pasaron, para nunca más volver, aquellos tiempos en que era árbitro de los transportes terrestres, extendiendo su dominio hasta lejanas tierras. Hoy su imperio está muy limitado. A la interminable y chillona fila de desquiciadas carretas, que á jornadas de tres leguas sureaba perezosamente aquellos mal llamados caminos, y en cuyas inmediaciones pastaban á su placer las yuntas de bueyes durante las largas horas de descanso, protegidas por privilegios ya abolidos con aplauso del antes explotado agricultor, ha substituido la cadena de wagones que rápidamente arastrados por potente máquina van recogiendo á su paso la carga que lentamente aglomera la carreta, reducida ya á moverse dentro de la limitada zona que, por su pobreza ó desgracia, aun no se ha podido emancipar de tan anticuada y costoso medio de transporte.

Malos están, en verdad, los tiempos para el carretero, tan libre antiguamente, cuyo apacible sueño arrullado por el monótono balanceo de su destartado vehículo turba fácilmente el celoso caminero obligado á continua vigilancia, para que las irregularidades de tan azarosa marcha se contengan dentro de los límites reglamentarios protectores de los paseos y arbolado de la vía.

Aunque degenerado el tipo se conserva; y el señor Peña ha sabido tomar del natural el aspecto reposado del cuerpo y malicioso del rostro que el hábito de su profesión imprime al que algún poeta glorificaría de constante precursor de mansa pareja de cornudos y subyugados ruminantes.

ORIUNDO DE NUMANCIA.

(Dibujado del natural por D. Maximino Peña.)

El título es irónico, pero tal vez ahondando se podría tomar por lo serio.

Afortunadamente cada vez van siendo menos necesarias las aptitudes guerreras á la antigua con toda su salvaje grandeza, agigantada por la imaginación que las contempla en la lejana é ilusoria perspectiva de los pasados siglos.

Dentro de ciertos límites, fijados por las condiciones esenciales de su organismo, todo ser se adapta al medio ambiente. Este ha variado y el campesino descendiente de aquellos indomables, á la par que laboriosos celtiberos, despliega la constancia, la astucia, la laboriosidad y el valor, transmitidos por la herencia fisiológica, en la tenaz lucha por la vida contra enemigos más temibles que las legiones romanas, cuales son las inclemencias atmosféricas, la esterilidad del suelo y las leyes económicas que le sitian por hambre, como Escipión á los heroicos numantinos. Hay, sin embargo, una diferencia honrosa para el descendiente de aquellos mártires que en horrible hecatombe pusieron término á su vida con sublime impaciencia, y es que sufre con tranquila resignación sus desgracias, mientras se consume lentamente su existencia.

El campesino soriano que me ha inspirado tan tristes reflexiones, y cuya inteligente y característica fisonomía tan bien ha sido interpretada por el Sr. Peña, es una figura que habla.

UNA SIERRA DE AGUA EN LOS PINARES DE SORIA.

(Dibujo original de D. Maximino Peña.)

El solitario caminante que por primera vez atraviesa la extensa zona de los pinares sorianos experimenta, á la caída de la tarde y á la débil luz del crepúsculo, una emoción singular que le predispone á lo maravilloso.

Los pintorescos accidentes del paisaje presentando á cada momento un nuevo aspecto limitado á muy corta distancia por los espesos y rectos troncos de los pinos, cuyas altas y redondas cogollas se juntan formando una verde bóveda á través de cuyos escasos claros penetra una luz de singular entonación; los graznidos de las aves nocturnas, los misteriosos ruidos, que á veces turban el solemne silencio de aquellas vastas soledades, conmueven algo el espíritu del hombre más sereno, que se siente penetrado de la grandeza de la escena y del vago temor á lo desconocido.

Si en dicho estado de ánimo, y próxima ya la salida del monte, llega á su oído un rumor vago y lejano, que va creciendo y á medida que se hace más distinto resalta con rápida y sonora intermitencia, llegando á ser un fuerte golpe, que á veces repite el eco con extraño fragor, la commoción sube de punto; y si el caminante carece de la ilustración suficiente para recordar la aventura de los batanes, tan gráficamente descrita por Cervantes en su inmortal Quijote, pasará por inquietudes y sobresaltos iguales á los que asaltaron al héroe manchego, terminando con la risa, en que con detrimento de sus costillas prorrumpió Sancho al deshacerse el encanto, cuando fuera ya del pinar divisó, entre las sombras de la noche, la causa de tal estrépito.

Será una sierra hidráulica de las muchas que, durante las épocas en que corren con caudal suficiente los arroyos y riachuelos, cuyas aguas aprovechan como fuerza motriz, sostenida sobre fuertes apoyos de madera, afianzados en el cauce, trabajan día y noche.

La construcción de la mayor parte de estos artefactos es sencilla y su mecanismo primitivo; pero su situación pintoresca en medio de accidentes naturales fuertemente marcados, entre los que hay masas de árboles, rocas y agua, ofrecen á un pintor como Peña motivo suficiente para un apunte cual el que presenta en la lámina de que acabo de ocuparme.

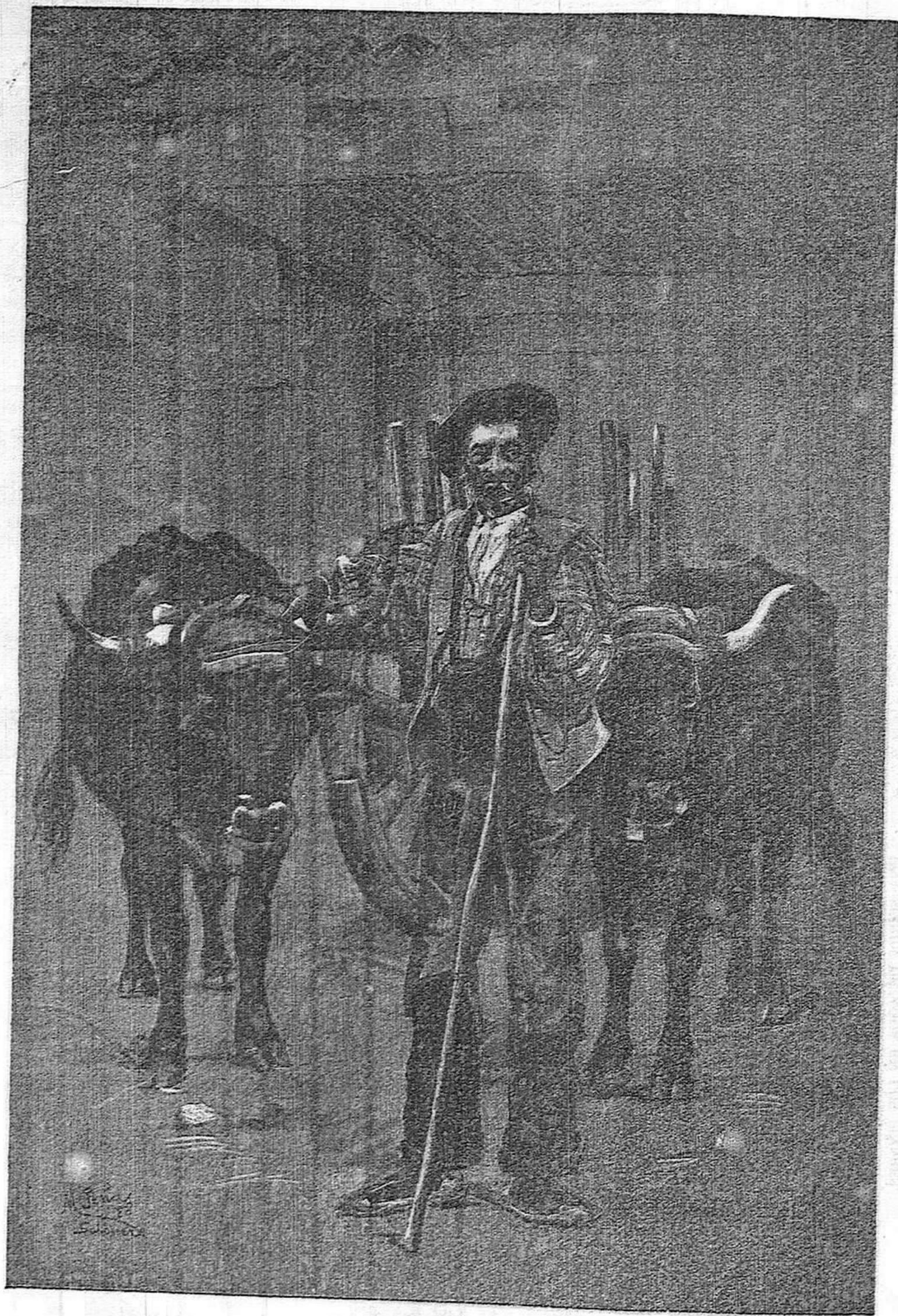
Al terminar la reseña de mis impresiones, y como resumen de las mismas, repetiré lo que manifesté al principio. El presente número del *Recuerdo de Soria*, por la perfección de sus dibujos originales y el esmero con que éstos han sido reproducidos y estampados, es muy superior á los anteriores, á pesar de la mayor rapidez con que ha sido preciso realizar su confección, verdaderamente improvisada.

ENRIQUE LLASERA.

Madrid 24 de Setiembre de 1888.

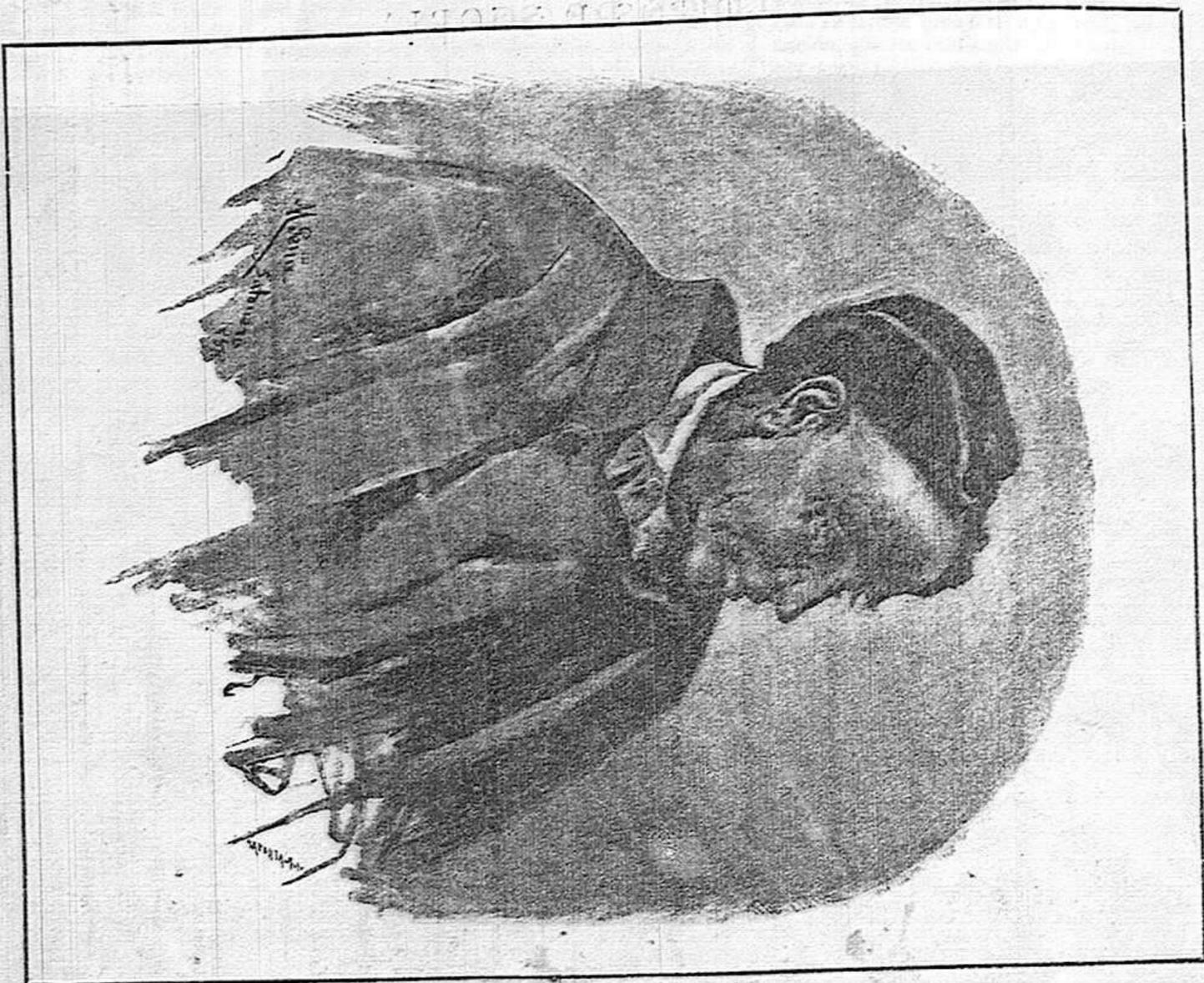
SORIA:—Imprenta provincial.

TIPOS DE SORIA.



EL CARRETERO DE LOS PINARES.

ORUNDO DE NUMANCIA.



UNA SIERRA DE AGUA EN LOS PINARES.

